

CLAUDIO HERNÁNDEZ



FIN DE LA **D.J.57**
CORDURA

Fin de la cordura

Claudio Hernández

Primera edición eBook: octubre, 2019.

Título: Fin de la cordura

© 2019 Claudio Hernández

© 2019 Diseño de cubierta: Higinia María

SafeCreative

Código de registro: 1909201971029

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados.

Por fin puedo dedicar un libro a más de un familiar, amigo o amiga. Esta vez es evidente que siempre estará primero mi mujer; Mary. Sin ella nada de esto saldría a la luz. Pero en esta ocasión este libro va dedicado a mis fieles amigas Sheila, Vanessa y Dulce. Portaros bien. También se lo dedico a mi familia y especialmente a mi padre; Ángel... Ayúdame en este pantanoso terreno...

Fin de la cordura

1

Si había algo en qué reflexionar y divagar bajo la luz del sol, era en su don. Aquello que le hacía ver cosas que cualquier otra persona no podía hacer. Su madre siempre le había llamado «El Brillo» y aquellas dos palabras resonaban una y otra vez en su cabeza como un gran mazo de roqué. Hastiado algunas veces o preocupado otras, e incluso impresionado la mayoría de las veces, Peter había encontrado un punto de inflexión que se parecía a un moco laxo sobre la superficie de la mesa. Entonces sonreía al pensarlo. Pero después, mucho más tarde, reflexionaba de nuevo y había descubierto una cosa que era real: que tenía que soportar todo aquel peso sobre su cabeza. Una masa oscura, amorfa y que pesaba hasta que las sienes se abultasen como dos ojos queriéndose escapar de sus órbitas.

Entonces lo veía todo.

Su mano era su cruz. El hormigueo en las piernas eran sus pisadas entre el barro horadado por las punteras de sus botas. El entumecimiento de la cara era como si millones de hormigas se arrastrasen con una migaja encima, por la piel áspera de Peter, y el miedo, eso que no tiene definición o que posee muchas palabras; se escondía en el palpitar de su corazón que a veces se veía en la punta de la lengua como un alíen resollando antes de escapar de allí.

Era cuestión de tiempo que Peter Bray conociera su gran tragedia de sucumbir a su don. Enamorarse de quien quizá no debía y de no tener amigos que señalar con su dedo índice destartalado. Su campo visual se reducía a la nada ante tanta frustración. Él se sentía pequeño, a veces, pero la otra sensación no la conocía. Simplemente había oscuridad en un silencio absurdo, ominoso y a veces tétrico o perturbador.

Lo que venía después, era lo que más derroche de materia gris le deparaba. Apretaba su puño o sencillamente deslizaba sus dedos sobre aquellas desgraciadas. Sí, porque en Boad Hill, que se encontraba a menos de cuarenta millas de Portland, siempre iba a suceder.

Y sucedió.

Peter alzó la mirada hacia el astro rey y de pronto se cegó como cuando salía del túnel negro, pero en esta ocasión ni el dolor ni las punzadas fluían por sus venas o sus sienas. En este momento solo sentía calor en sus retinas. Y siguió mirando hasta clavar sus ojos en aquella absurda bola bronceada que salía cada nuevo día de un extremo de las montañas rocosas. Siempre de izquierda a derecha.

Siempre salía.

Y ellos o ellas, también lo hacían.

2

No muy lejos de allí, más hacia el norte de Portland existía un pequeño pueblo llamado Road Mill. Unos 6.000 habitantes y todos aterrorizados por un coche que conducía solo, o eso era al menos lo que le decían al sheriff Banerman.

—Sí, estoy seguro —titilaba el anciano con su dedo artrítico mientras señalaba a un vehículo aparcado en la cuesta de Road Street—. Estaba oscuro, pero podía ver el siniestro brillo del volante. Al parecer era de cobre, bueno no, mentiría si dijera eso, creo que era de metal. Pero el maldito volante giraba solo o al menos yo no vi ni una jodida mano rodeándolo. Ni unos putos dedos oscilando sobre el. No había nada. Se lo juro.

El sheriff miraba hacia el suelo y preparaba algo de saliva en su garganta con un gorgoteo de un desagüe. Su corazón impasible, hacia juego con su templanza y cuando levantó la mirada le clavó los ojos en los acuosos cuencos del viejo.

—¿Que tal la última borrachera?

—Jefe. Míreme. —El anciano había abierto los brazos como si fueran a clavarle en una cruz—. ¿Acaso usted, cree que este cuerpo puede soportar alguna mísera cerveza?

Sus ojos brillaban ahora.

—He visto cosas peores —dijo Banerman agachando de nuevo la mirada. El suelo estaba alborotado. En realidad la tierra habría sido removida por las últimas lluvias. Sí, porque hacía dos días había caído la de dios, tal como lo dijo en su momento con toda la apatía del mundo.

—Estoy seguro de ello. Como también estoy seguro de que odio hasta el agua. Solo bebo leche, ¿sabe? Ese jodido coche de color anaranjado o quizá, rojo, se pasea por las calles a sus anchas, y ya van dos.

—Sí. Dos muertes sospechosas —afirmó el sheriff llevándose los dedos de sus manos detrás del cinturón. Esa postura vaga y con los hombros echados para adelante le insuflaban una compostura demasiado, quizá, demasiado despectiva y desinteresada.

Sencillamente, no creía nada.

Pero esa noche el motor ronroneó de nuevo al final de una calle oscura, como si un gran gatazo estuviera durmiendo enroscado como una rosquilla amorfa. Hasta el suelo vibraba, y Joe, el joven de la escuela secundaria había abierto los ojos como platos.

Y después volaron en un arco imaginario disparados como dos proyectiles brillantes.

¿Pero que tenía que ver en esto Peter?

Fue algo que sucedió entre el frío invierno y el otoño, pero no del 2017, sino de cinco años más tarde.

Ya era conocido en una región muy amplia en terreno, pero poco poblada, y su don había dado que hablar, y mucho. Lo más empático de todo, o mejor dicho, asqueroso, era tocar aquellos fiambres reducidos a pingajos de carne y piel pegada en la arena o el asfalto.

Y ver a través de aquellos ojos despachurrados.

—Peter, mi colega de Road me está pidiendo ayuda. Él cree que soy yo quien resuelve todas las cosas en esta jodida ciudad, pero como ya sabes no es así. El don solo lo tienes tú, eres capaz de... —carraspeó—... de... joder, eso es alucinante, pero el tipo quiere algo más. —La voz de Burt Duchamp se había elevado por encima del traqueteo de un camión destartado que estaba cruzando en ese mismo momento el cruce del tren. Una llovizna cubría de barro el parabrisas como si docenas de pájaros se hubieran cagado sobre el liso cristal. Burt enarcó una ceja en el silencio absurdo del momento y le dio tiempo a pensar que no siempre llovía a gusto de todos, y que de vez en cuando caía barro. Eran como las mierdas de un perro y en su fuero le dieron ganas de reír aunque sintió algo de rabia aún a pesar de que no era él quien limpiaría el puñetero cristal. De eso se encargaba Jack. El más tonto de todos.

El cielo se iluminó como si una cámara de fotos disparara un gigantesco *flash* cargado con millones de voltios, allá, en lo alto de las nubes que le miraban con aspecto desagradable, como si tuvieran los mofletes purpúreos y estuvieran muertas.

—No te entiendo Burt. ¿Qué es lo que pretendes decir? ¿Crees que soy la bola de cristal de este estado? Oh, sí, ya lo sé: necesitas que le toque la mano a un fiambre, bueno —se quedó mudo un corto espacio de tiempo que pareció alargarse hasta el infinito más absurdo e incomprensible durante el cual un ruido se coló en la distancia que les separaba a los dos y añadió—, tendré que tocar una hamburguesa que en el mejor de los casos, estará debajo de la lengua de un perro sarnoso y entonces...

—Peter, ¿cómo sabes esto? —le interrumpió la voz grave del sheriff.

Peter se despegó el teléfono móvil de la oreja con un característico ruido que se asemejaba a un tapón de una botella. Lo miró como si en la pantalla hubiera un moco y se lo estampó de nuevo al oído.

—Joder Burt. ¿Estás borracho todavía?

Reinó otro corto espacio de silencio.

—Oh, vaya —exclamó Burt creyendo que Peter le estaría viendo con su

ojo dilatado a través del altavoz del teléfono. Y sintió incluso su aliento cerca de sus labios. Cerca del micrófono del teléfono. Su corazón palpitó un par de veces y después quiso detenerse, pero no lo hizo. Claro que no—. Son las pastillas de dormir —mintió.

—Claro, y mi madre está ahora a mi lado tejiendo un jersey de lana para mí. Burt deja la bebida o acabarás mal, pero que muy mal. Y para saber eso no hace falta mi don. Ya he estado dos veces en Road Mill, y encima me jodiste una cita con Ann.

Ahora en el otro extremo de las ondas y con el paso a nivel alzado como un brazo señalando el oscuro cielo, Burt empezó a ver la primera llovizna que lo que hacía era empeorar las cosas sobre el cristal. Activó el limpia parabrisas y su visión se nubló como si horudara un banco de niebla, pero lleno de mierda.

—No se trata de eso Peter. He tenido un descuido. Es que ya han pasado casi tres meses ya...

—Sí. Desde que tocara aquella sangre revuelta con el picadillo —acució Peter que estaba observando la calle desde su ventana. Fuera, la luz estaba teñida de un marrón claro, como si aquello fuera un lienzo viejo.

—Bueno, el caso es que ha sucedido otra vez.

—El coche sin conductor. Qué bien —rezongó Peter observando en ese mismo tiempo como un cuervo se posaba sobre el cable de fibra óptica que cruzaba la calle no tan laxa como quisiera, pues hacia viento y casi se mecía—. Ahora me voy a comer y después lo vomitaré todo allí. Claro, como soy el tonto de esta ciudad y el único que puede ver ciertas cosas, siempre estoy dispuesto para lo que quiera el señor sheriff con sombrero de fieltro. Por cierto, el más descuidado que he visto jamás, pero bueno, allí estaré si lo prefieres. Total, vendrás a casa a convencerme.

Después de esa perorata un trueno rajó el cielo en dos y el cristal de la ventana pareció blandirse ante una onda expansiva de un súper héroe con la mano apuntando hacia él. El cuervo salió despedido del cable como si hubiera pisado un resorte.

—Esta vez lo conseguirás Peter.

Después de que el cielo se partiera en dos y un resquicio de luz del astro

rey lograra filtrarse por la raja como si fuera un espectro o la iluminación del mismo dios; Peter permaneció en silencio largo rato.

Un minuto después dijo que sí.

Y Burt colgó.

El tono era largo y agudo.

4

—Sí. Era de color rojo. —El hombre de aspecto demacrado y con barba rala dudó un poco y moviendo la cabeza como una bola sustentada en un muelle, añadió—. Bueno, en realidad no sabría el color del coche porque estaba sucio. Muy sucio. Como si lo hubieran sacado de un granero tras estar encerrado miles de años. Bueno es un decir...

—¿Era barro lo que brillaba sobre la chapa? —le cortó Banerman. Un sheriff esmirriado y encorvado como los buitres, pero con panza. No llevaba gafas y por esa misma razón sus pupilas no brillaban ni bajo el sol. Le estaba mirando con total y rotunda profundidad, como si un enorme cubito de hielo estuviera frente a los ojos del testigo. Soprándole con hastiado desdén aquel frío que se convertía en pedazos de cristal y después caían al suelo como un tintineo de llaves.

—Sí. Probablemente.

—¿Está seguro o no?

—Sí. Estoy seguro de ello. —El hombre se levantó de la silla para rascarse el culo por fuera del pantalón y pidió algo—. ¿Tiene un cigarrillo?

Banerman que tenía atrapado entre sus dedos un perturbador bolígrafo manchado de tinta apuntó hacia la pared de su derecha. El hombre guió los ojos hacia aquel enrojecido letrero que decía: PROHIBIDO FUMAR. Solo bastaba decir debajo de las grandes letras: TE VAS A MORIR DE CÁNCER.

El característico círculo rojo atravesado por una línea del mismo color como si fuera una espada incandescente, sencillamente, no existía. Era un cartel

rectangular y solo con aquella advertencia en un tamaño descomunal. Hasta los ciegos podrían leerlo con un poco de esfuerzo.

En el fondo del cuartel, una agente soltó una risita malévola, como la de un payaso estúpido que siempre tiene tantos globos en la mano como almorranas en el culo.

—¿No ha leído el letrero? —El lápiz regresó a la superficie de la mesa repleta de montículos de informes, folios y cartas, y sobre todas las cosas, había una gran mancha de café en el centro, para que se viera más. Sin embargo, el áspero olor había desaparecido hacía mucho tiempo, como el vapor de una olla presión. Las moscas habían relamido con sus bífidas lenguas aquella droga pura dinamita para ellas.

El hombre soltó un graznido y se sentó produciendo la silla destartada un quejido como la rotura de las vértebras. La risita del agente se había convertido ahora en una insidiosa mirada de ojos refulgentes, como dos linternas con luz roja.

—Oh, vaya. No sé leer —ladró el hombre al tiempo que mostraba una sonrisa socarrona. Casi perruna. Ahora se rascó el costado pero por debajo del jersey.

El sheriff le clavó la mirada oscura.

—Pero si tiene vista. ¿No ve que hay un cigarrillo dibujado en el cartel?

El bolígrafo casi purpúreo como el dedo de un muerto señaló de nuevo la pared.

Rascándose ahora la cabeza, sus ojos viraron hacia el letrero y no vio nada más que las letras rojas.

—Pues no lo veo señor —mintió.

—Ah. ¿Es usted un bebedor empedernido?

El testigo volvió la cara como si le hubieran dado una patada en la mandíbula.

—¿Usted piensa eso de mí?

—Es el protocolo. ¿Qué tipo de licor bebe?

—Agua.

—Está bien.

—A veces algún zumo de piña.

Banerman levantó la mirada del documento en el que se mostraban unas fotografías de unos cuantos pingajos pegados sobre un asfalto negruzco.

—Los niños y los borrachos son los únicos que dicen la verdad —musitó.

La boca de aquel hombre se abrió tanto como sus ojos que parecían querer salir disparados como dos platillos volantes, pero en vertical.

—¿Cree que le miento solo por beber agua?

—¿No se ha bebido ni una sola jodida cerveza en su vida?

Parecía que la conversación se iba por otros derroteros, como cuando dejas volar la imaginación; comienzas viendo los verduzcos ojos de tu gato y terminas viendo las tetas de tu vecina.

—Nooo —elevó la voz aquel hombre encorvado ahora sobre la mesa.

Después de esto vino el silencio. Tan fantástico como la sensación de que tu alma se despega de ti, es decir, como la exhalación definitiva. Un silencio tan asombroso como inconfundible. Finalmente, les atrapó por sorpresa el ruido de los agentes hablando de forma ruidosa y estridente. Todos estaban sentados y repantigados en sus sillas tratando de tomar las declaraciones. Algunos detenidos sollozaban sobre sus mocos pegados en la mesa y otros sencillamente, reían a carcajadas.

—¿Y no había nadie conduciendo el coche?

La conversación parecía abstracta. No tenía coherencia o al menos eso le parecía al señor Holmes, que era así como se llamaba el testigo. De procedencia escocesa como un famoso escritor de novelas de terror. Su nombre de pila era Ralph.

—Ya le he dicho que no vi nada aferrado al volante. Aunque todo estaba oscuro porque el alcalde se gasta menos en farolas que un ciego en novelas; percibí una extraña sensación de vacío. —Ralph movía sus manos como si fueran las aspas de un molino. Sus ojos estaban muy abiertos y casi brillaban

bajo la luz cegadora de aquel cuartel. Rectifico: brillaban como dos linternas.

Banerman lo miró con semblante serio.

Cruzó los dedos produciendo un pequeño chasquido como una ventosa y esperó largo tiempo hasta reanudar la declaración.

Detrás del volante no había nadie.

5

Peter Bray continuaba rumiando, dando especial hincapié al pasado. Cómo esas pobres desgraciadas habían sido asesinadas por la liebre que de repente sale de detrás de un matorral. Podía ser cualquiera, de distinto tamaño o cualquier color. El frío era ya casi intenso detrás del cristal de la ventana. Una fina capa blancuzca lo revelaba y él, se mordió los labios.

Entonces fue cuando escuchó la voz de su padre que gritaba desde el sofá despatarrado. Como de costumbre, estaba viendo las noticias del canal 4. Un canal que no parecía tener fecha de caducidad. Después de todo, era el canal preferido de John, bueno, la presentadora, que envejecía al mismo ritmo en que sus tetas se arrugaban y caían laxas sobre la mesa que la cámara número dos enfocaba. En el estudio había tres cámaras, pero John no lo sabía.

¿Por qué debía saberlo?

—Peter. Adivino con quién estabas hablando. Es el capullo de Burt, ¿verdad? —y clavaba los ojos en el canaleta de la rubia momificada de la pantalla del televisor.

Su voz hacía eco y subía por las escaleras, como replicada por las paredes. Peter lo había escuchado con una suerte de amortiguación y desfase, pero escuchó bien cada una de las palabras.

Dio media vuelta sobre sus talones haciendo que el faldón de la gabardina rizara el aire que se había llevado consigo como si fuera una lengua pegajosa y cayó de forma pesada sobre el linóleo.

—Voy a bajar papá —exclamó Peter.

Y mientras se preparaba a bajar las escaleras, de repente recordó algo, su historia vivida cuando era un crío. Todavía recordaba aquello que...

Bajaba taconeando las escaleras con su cabello pegajoso y sucio sobre los cristales de sus gafas y las cejas.

Sí. Mientras alcanzaba el rellano del pasillo había recordado todo cuanto sucedió como si de repente se estuviera muriendo y se hubiera puesto en marcha el puñetero proyector de celuloide; mostrándote todas las imágenes con algo de degradado en ellas, pero igualmente nítidas para el cerebro humano. No hay quien recuerde ni una sola cosa en blanco y negro por mucho que la haya visto así.

John tenía un brazo laxo sobre la parte superior del sofá y su cabeza podría estar hecha de goma por la posición que había adoptado. El hombre del cuello de goma. A pesar de sus años todavía podía retorcerse como un gusano. Sus piernas casi no tocaban el suelo en una especie de equilibrio y sus dedos de la mano derecha repicaban en el esponjoso borde de tal nido; el sofá. Un sonido aterciopelado.

—Hijo, te decía que ya sé a dónde vas a salir —dijo no sin muchas ganas—. Ese estúpido y borracho de Burt no da ni una. Me apuesto cien pavos a que no acierta ni a mear dentro del retrete. Debe ser uno de esos tipos que no se ve la polla, se mea como los perros fuera de la taza del wáter y después se la sacude cincuenta veces porque siempre hay una jodida gota de orina que secar. —Después de esta incisión un tanto larga enmudeció de repente. Sus ojos se clavaron en el espantajo que parecía su hijo Peter apoyado en la barandilla de las escaleras y recordó a Drácula recién sacado de un baño de sangre.

—Papá, estás delirando. Burt tiene demasiados problemas y las cosas simplemente no le resultaron fáciles —se inquietó él.

—Claro, y ahí estabas tú, para arreglarlo todo —acució su padre volteando los ojos dentro de sus cuencas como si fuera una bola enorme metido en una lavadora centrifugando.

Peter levantó la mano derecha y extensión sus largos dedos como si fuera a lanzarle un hechizo como cual brujo de los antepasados.

—Él ahora es mi amigo. Me gusta lo que yo hago, bueno, a veces —dubitó un instante. Su mirada perdió el brillo que tenía en esos momentos y

añadió—. Solo quiero ayudar.

Los dientes de John rechinaron por encima del sonido del televisor.

—Sí, déjame adivinarlo. —La voz de su padre sonó áspera—. Te criaste con él en la misma escuela. —Sabía que mentía. Burt y Peter nunca habían coincidido más que en la calle o mejor dicho tras cruzar un paso de peatones. Entonces Peter veía un coche marrón con un tipo dentro que tenía clavado un enorme sombrero de fieltro en la cabeza. Solo veía eso y un palillo rodar sobre unos labios ocultos por un bigote que se parecía la cola bufada de un gato.

—Papá —rezongó Peter mientras bajaba la mano y se dio cuenta de ello. De lo parco que era al hablar y de no adivinar por qué narices había extendido la mano. Se la escondió en el bolsillo de la gabardina que fregaba el suelo con el faldón.

—Si hijo. Ya lo sé. Ahora sonará el claxon en un maldito coche y tú saldrás por esa puerta. —Señaló con un índice destartado en final del pasillo—. ¿Me equivoco? Y no tengo ese brillo tuyo chico vampiro.

John mostró su sonrisa más malévola que podía hacer en ese preciso momento, aunque siempre había amado a su hijo. Y más desde que su mujer abandonara este puñetero mundo en una partida sin destino. ¿Qué era lo más perturbador de la muerte? Se preguntó, y volvió en si con tanta rapidez como un rayo.

—Puede que hayas acertado, no te lo discuto.

La sonrisa malévola se convirtió en un rictus.

—Claro que si hijo. Ahora iras a ver un pequeño picadillo de sangre y carne todavía caliente, bueno eso debe gustarte, ¿verdad? —John no estaba especialmente contento con esa idea ni que utilizaran a su hijo para limpiar la mierda de la policía. Quizá conforme iba envejeciendo se ponía más refunfuñón con la voz sonando como el tañido de las campanas de la iglesia en un día de tormenta.

Peter giró sobre sus talones y fijo la mirada hacia el final del pasillo. Aquello le trajo el recuerdo. No, no era Ann, sino el túnel en que se veía entrando cada vez que tocaba la mano a alguien, o... la sangre, porque ahora la sangre también le mostraba cosas después de la oscuridad. Al final del pasillo, la

puerta no brillaba especialmente más que como una silueta deformada, como la de un fantasma rechoncho. Torció el labio.

Su padre se volvió de nuevo a ver la televisión y ahora su cara era todo un lienzo de colores que proyectaba la pantalla como un viejo tiovivo. Se inclinó quejumbroso a coger el mando a distancia que se había dejado sobre la mesita—no sabía por qué estaba allí ese día—y cuando su espalda chocó de nuevo contra el respaldo del sofá sintiéndose reconfortable, pulsó la tecla marcada con un 7. Era el canal de cine Wéstern. Tener televisión por cable, ahora que lo llamaban de Streaming, siempre tenía una amplia oferta de contenidos, lo que te permitía ver lo que querías ver en cada momento, pero el bolsillo se vaciaba cada vez que cambiabas de canal. Las monedas de un dólar se perdían por un tobogán.

—Regresaré pronto papá —anunció Peter con voz casi temblorosa. Esta vez no se había sentado al lado de él y le había besado la frente. Algo en Peter había cambiado. Y no para bien.

—Que te jodan hijo.

John tampoco estaba pasando por un buen momento en la relación con su hijo, ni con su vejiga.

Sangre en el fondo del retrete.

Siempre sangre.

Eso, era otro de los recuerdos que inundaban aquellos días a ambos. No sabían por qué.

Peter se deslizó hacia la puerta.

Los pingajos, huesos rotos y cabellera estaban dispersados sobre una brillante bandeja metálica, ligeramente inclinada a un lado. La sangre todavía estaba preente sobre aquella superficie fría. Una gota espesa como un moco verde se balanceó y cayó al fin al suelo tras decidir que había acabado su trayecto, estampándose contra el suelo y produciendo un clic imperceptible.

En el Anatomico Forense todo era una luz cegadora como el reflejo de la nieve en una mañana de invierno. Las camillas estaban aparcadas en un lado de la amplia sala como coches aparcados en batería, y todas ellas estaban cubiertas con unas sábanas blancas, muy limpias y sin arrugas. En un extremo de cada una de ellas amenazaba con rajarse el aire, la uña del dedo gordo del pie que había crecido durante su estancia allí. Eran marrones y los dedos estaban morados. Aquellas uñas que siempre tenían una goma rodeando el dedo como una estola, donde supuestamente se grababa el nombre del desgraciado o desgraciada; crecían y crecían con el paso de las horas. No importaba si aquello era un gran mármol fijado sobre ellos.

Las autopsias se practicaban de forma programada y casi siempre se empezaba abriendo una fina línea en el pecho. Pero en las tres ocasiones, los pingajos que parecían haber sido extraídos de una máquina de triturar carne para hamburguesas, la autopsia se detenía cuando levantaban el plástico negro.

Y Peter con cara de asco lo miraba de reojo y preparaba un lapo de saliva que estaba a punto de escupir al lado. El olor a heces y sangre embriagaba la sala, pero especialmente las fosas nasales que detectaban una atmósfera plena y densa. Era como respirar profundamente dentro de un pozo húmedo y fungoso el aire empalagoso. Aquella fragancia aromática implicaba tragarse miles de pequeños insectos que con sus alas arrastraban a millones de bacterias posiblemente a las arañas más cercanas a la camilla.

El hombre, un joven de cabello oscuro, rizado y con los ojos azules dijo algo extraño en esta tercera ocasión:

—Yo creo que estos cuerpos han sido triturados por una máquina llena de engranajes.

Peter clavaba su mirada en él y respondía:

—Quizá haya sido la correa del motor, o quién sabe, todo el resto de las correas. Es posible que el propio motor lo engullera en el momento del atropello. —Peter habría querido decir, lo había masticado en lugar de engullir, pero no lo hizo, y la verdad es que no lo sabía todavía.

Los dos primeros intentos habían sido infructuosos. Salvo que había descubierto que la sangre también le hacía ver cosas. Pero todo era oscuridad, un volante bronceado brillando en el interior de la cabina y después una fugaz

negrura que abarcaba toda la pantalla de la sala de cine. Su corazón se encogía y retiraba la mano de aquella masa maloliente.

—Sí, eso es cierto. Hay muchos trozos de plástico, goma e incluso metal dentro de todo este... —El forense se había detenido de pronto. No lograba recordar lo que venía a continuación, es decir, no sabía qué decir más. En realidad no estaba seguro del todo, pero aún así añadió—. Pero falta mucho por descubrir. Por ejemplo, dónde están las manos, la cabeza, los ojos, el tórax, el pene, los muslos...

—Es evidente —exclamó Peter cortándole de cuajo. Su dedo estaba señalando aquel bodigo de montículo sanguinolento. Incluso podía ver un halo blancuzco elevarse de toda esa masa hacia el techo, sin enroscarse como lo haría el humo de un cigarrillo. Simplemente parecía que estaba sobre una plancha cocinándose y no en una fría camilla de cuatro ruedas desgastadas.

Banerman tenía el sombrero pegado a su pecho y su cara reflejaba incertidumbre, reflexión y asco. No había hablado hasta el momento. Tampoco lo haría después. Era la única persona, bueno, el único sheriff que no verborrea nunca. Esperaba pacientemente los resultados y solo sabía pedir ayuda.

En cualquier caso era un inútil más en el estado de Maine. Al parecer en el norte donde los Fresnos respiran a pleno pulmón, las placas que brillaban en los hombros de los agentes de la ley, o en sus pechos, en lugar de poner SHERIFF ponía IDIOTA.

—Bueno, parece que sabes hacer muy bien mi trabajo —ladró Harold, que era su nombre de pila. La bata estaba manchada de sangre y había medallones viscosos de color grisáceo. Y los ojos de Peter le pedían a gritos que borrara esa preocupación de su cara.

—Esto es típico de todos vosotros —dijo Peter mientras sus manos se escondían en los bolsillos de su gabardina. Los cristales de sus gafas reflejaron la sorpresa de aquel tipo.

Al parecer Peter se había vuelto un tanto extraño, o solo quizá estaba cansado. Quizá su padre tenía razón. Un momento, pensó, sí, tenía toda la razón del mundo.

Pero tenía que hacerlo, aunque el futuro le deparaba más sorpresas. Muchas de la cuales no se podían ver ni a través de su don aunque tocara sus

propias manos en un espejo. Algo infinitamente espantoso, pero ahora estaba delante de un montón de restos humanos.

¿Habría parte de algún gato entre todo ese amasijo?

Eso no lo podía saber al instante.

Se volvió hacia el sheriff y arrugó su nariz.

7

Peter llegó a Road cerca de la puesta del sol. En el horizonte se vislumbraba una gran mancha de sangre acariciando las esquinas puntiagudas de las montañas rocosas y entonces parecía sangrar más. Quizá no había cómo definir aquel espectáculo. Pensó en un gigantesco huevo estrellado, pero a la vez que la yema estaba reventaba se habría quemado. Sus ojos permanecieron pétreos ante aquella puesta de sol y Jack le dio un golpecito en el hombro con su dedo rechoncho.

Entonces Peter parecía haber salido del trance. Al final de la calle, como un forajido, estaba Banerman con las manos preparadas para desenfundar sus revólveres, pero en realidad era la silueta negruzca la que le mentía a sus ojos. Banerman simplemente estaba con los brazos puestos en jarra.

La luz azul lamió la calzada y las entradas de las casas con sus imponentes jardines ahora convertidos en un mar oscuro lleno de peligros. La hierba parecía el extremo de las aletas de unos tiburones insaciables que se movían con inquietud. Al parecer había brisa, o quizá, un poco de aire revoloteando a ras de suelo. El destello de las luces estroboscópicas alcanzaban el final de la calle, pero por alguna extraña razón, se detenía justo a un metro de las punteras de las botas del sheriff.

—Bienvenido Peter —avivó Banerman sin mover sus brazos. Peter advirtió que era bastante parco en palabras y algo tenso en las relaciones. Parecía que estaba enojado con todo el mundo, como si sufriera algún tipo de demencia psicótica o no estuviera contento consigo mismo.

—Esta será la última vez que venga —advirtió el hombre de la gabardina

negra. Ahora teñida de azul como si sangrara al ser despellejado.

Burt Duchamp salió del coche patrulla y tras quejarse de los huesos al pisar la calzada, cerró la portezuela en un sonoro golpe. Sus ojos no estaban precisamente iluminados y en parte le jodía ser el conejillo de indias de nadie.

—Banerman. Quiero que sepas que de eso me encargaré yo mismo — exclamó Burt mientras trataba de olvidar el calambre en su pie derecho. Sus pasos eran lentos y no hacía ruido. Era como si se deslizara por una pista de hielo, salvo que el resplandor era ahora un lago negro en el que probablemente se rompería y se hundiera bajo la placa negruzca que lo cubriría como una sábana con ventosas y dientes.

Jack que se interponía entre la luz de los faros del coche y el sheriff Banerman se emocionó tanto que de su rostro se desprendía como una careta mal pegada; una risilla de crío travieso.

Sus piernas entorpecían el rayo de luz y ésta se cortaba en bifurcaciones como cristales que caían del cielo. Peter lo miró de reojo, pero no sonrió. Había escuchado hasta el sonido de jilguero que había producido su risilla.

—Está bien, chicos. No les molestaré más. Al fin y al cabo creo que todo lo que sucedió fue una pura casualidad —mintió Banerman apostillado al lado del foco izquierdo de su vehículo patrulla. Ahora él quien mostró su risilla que permanecía montada como un jinete sobre su voz.

No iba acompañado y los perros de la calle Dwonder Day ya habían salido a estampar sus meadas en las farolas. Las ratas serían las siguientes en salir de las alcantarillas para olisquear esas meadas y después, quizá, correr detrás de un gato viudo.

—Eso no me convence mucho —apostilló Burt dándose cuenta de que algo brillaba en su cara oscura envuelta en la penumbra. Pensó que eran sus dientes tan blancos que un día cegaría al mismísimo astro rey, el sol—. Algo dentro de mí me dice lo contrario. ¿Acaso crees que esa cosa o ese pirado, va a estarse quitecito?

No creía en coches que conducían solos.

—Parece que tu voz tiembla señor sheriff —ladró Banerman.

Jack miró a Burt y Peter al rostro iluminado ahora, del capullo de turno

según sus deducciones. Vio una hilera de dientes brillando en la espesura de la noche ya bien avanzada, porque ese huevo tostado era ahora; nada.

Ni siquiera salió la luna.

Todo había pasado tan deprisa como un mareo. Los cuatro haciendo el idiota en medio de la calle. ¿Quién era más imbécil?

Estaba claro que allí no había buena sintonía, en un hueco donde ni siquiera se podía captar la radio.

—Lo que van a temblar serán tus piernas, amigo, si sigues hablando de ese modo. ¿Qué sucede? Hemos venido y ¿nos recibes así?

Banerman se sintió algo tocado por un asta de toro y rectificó:

—La gente habla. Eso es todo. No me encuentro muy bien y voy a ser claro, soy hombre de pocas palabras.

—¡Oh, cualquiera lo diría! —casi gritó Burt que ya estaba a medio camino, es decir, a unos dos metros de Banerman.

Jack mostró su fea sonrisa ahora, pero brilló también. Peter miró hacia arriba y no vio ni la luna ni los mosquitos revoloteando alrededor de la farola. Allí no había nada. Se sintió un poco decepcionado.

—Burt. Dejémoslo. Intentaré ayudarle una vez más y regresaremos a casa —sugirió Peter bajando la vista al suelo. Ni siquiera miró los lunáticos ojos del sheriff.

El sheriff Burt de Boad Hill se llevó una mano hacia el ala de su sombrero de fieltro, lo movió y después cabeceó dos veces como si fuera un ritual. No dijo nada.

—Sí. Eso está bien —reclamó Jack para él quien si miraba con ojos desorbitados a Peter—. Aquí hay mucha tensión —concluyó.

—No. No la hay —dijo Banerman desde su puesto de mando. Sus brazos seguían en jarra mientras un hormiguelo le recorría hacia los hombros—. Hagamos nuestro trabajo y pillemos a ese hijo de puta.

—¿No era un coche fantasma? —bromeó Peter mientras el faldón de su gabardina barría la calle entera. Ahora no era tan azul como cuatro metros atrás,

pero seguía brillando de una forma un tanto extraña.

Inquietante.

Como lo que sucedía en esos momentos en otro extremo de Road Mill.

Los faros que centelleaban rojizos se estaban acercando como una bestia del infierno, mientras el novio de la chica sintió como algo caliente y húmedo le estaba empañando los genitales y se mostraba una gran mancha oscura en sus vaqueros.

8

Las ruedas espolvoreaban humo hacia atrás, o mejor dicho, disparaban una buena suerte de fuegos artificiales sobre el pavimento que parecían indicar que de un momento a otro o explotaría o saldría disparado como un cohete dejando atrás una densa nube azulada y el olor a caucho quemado.

El hombre con barba rala y medio calvo estaba apresurado, pero sus piernas no les respondían. Era como una mala pesadilla en la que intentas correr y lo máximo que consigues es flotar como un globo o en el peor de los casos, retroceder.

Joe Smith sentía esto último. Era como si aquellos faros le atrayeran de forma despiadada. Como un potente imán de carne humana. No quería mirar a las luces de aquellos focos, pero lo hizo. Omnipotente, pero en cierto modo sin vida. A su vez se elevó un gruñido. Era el del motor de aquella bestia oculta en la penumbra.

Las ruedas chirriaban de forma condenada, pero prosiguió en el mismo sitio sin inmutarse. El tipo que estaría detrás del puñetero volante no parecía tener demasiada prisa para soltar el embrague. A lo mejor, no había nadie dentro.

La luna se asomó tímida por el borde de un nubarrón que no emitía brillo alguno. Daba la sensación de haberse convertido en una gigantesca bolsa de agua a punto de reventar. Se suponía que iba a hacer esto. De pronto, un rayo se desplazó en lo más alto del cielo. Rajó la cara abyecta de la luna y la nube oscura brilló como una cara con mofletes hinchados. Alguien podría haber visto

incluso un par de ojos entornados.

Después se hizo la oscuridad.

El corazón de Joe martilleó en el esternon y más adelante en las sienas. Ya no sentía el tacto de su cara, pero sudaba a pesar de tener demasiado frío. Incluso podría decirse que estaba helado. Así es como podría tener la sangre en sus venas; casi congelada.

El olor a caucho era empalagoso y la nube azul se convirtió en una especie de niebla con sorpresa en su interior. Bordeó la silueta del coche y avanzó hacia el hombre. Entonces después de escuchar varios segundos, que parecían minutos eternos su corazón se desbocó como un caballo al tiempo que las ruedas empezaron a rodar sobre el asfalto.

Gritando.

Incluso más que el propio Joe que se había vuelto hacia adelante para echar a correr. Esta vez sí. Esta vez sus pies respondieron, pero en el fondo sentía que no podía correr como quisiera, como realmente podría hacerlo. El sudor le empañó la frente y abrió los ojos como si alguien estuviera empujándolos con los dedos desde el interior de la cuenca. Quizá habían dos muelles detrás de ellos. Eran brillantes y en ellos se podía adivinar una suerte de miedo y desconcierto. A esto se le llamaba pánico.

Sintió un ligero hormigueo en las puntas de sus pies. Eso era casi imposible porque tenía bambas ajustadas, pero llegó a sentirlo, así como el sonoro ronquido del motor de aquel coche cerca de su cogote. Era sombrero descubrir cómo el vehículo le había alcanzado antes de que se lanzara a la carrera. Una carrera real, pues aunque estaba avanzado lenta y oficiosamente, era eso, una lentitud insoportable.

El corazón palpitaba ahora en algún lugar en la parte superior de su cerebro. Podías ver como su cráneo se abultaba como un chicón y después desaparecía. Bueno, eso era surrealista, pero no era una jodida pesadilla.

El lacerante dolor empezó por los talones y sintió como se degarraban sus patas del pantalón vaquero. Tiraba de él con fuerza y el dolor crecía como una sirena ululante. La misma intensidad de una ambulancia acercándose a todo trapo. Una vaga forma de expresar la situación. Su pene se estiraba como un chicle porque el calzoncillo se arrastraba con el pantalón. El dolor subió de

intensidad y de nuevo un gruñido. Eran dos, o quizá eran muchos más. Sintió como el metal le devoraba las pantorrillas y la hevilla del cinturón salía disparado como una bala.

Quería seguir corriendo y el sudor era una manta húmeda sobre su cuerpo. El corazón quería mantenerse callado. Eso era algo cercano a un infarto. Lo vio venir. El dolor era un medio que le indicaba cómo estaba la situación en su motor. Un ras fortuito indicó que el pantalón se había despegado de la piel de Joe y el pene se balanceaba como una campana sorda.

Aquello lo había atrapado hasta las nalgas y su cuerpo se había topado o mejor dicho, estrellado contra el suelo. El golpe fue sonoro, muy por encima del bramido de aquel motor pestilente. El humo azulado le rodeó como una niebla y sus dedos notaron que el pavimento estaba rugoso.

Y aquello se subió sobre él.

El corazón no quiso esperar más y explotó. Un sonido sutil. Simplemente dejó de bombear y la sangre se detuvo dentro de sus venas como las cañerías de un grifo cerrado, pero el dolor creció desde la espalda a los hombros antes de abandonar su cuerpo. Y lo sintió, aunque fue mitigándose a medida que perdía la visión y los sentidos. Se orinó encima y las tripas se esparcieron sobre el asfalto como tentáculos muertos. La sangre creció como un lago y siguió su curso como un río cuesta abajo.

Cruzando toda la calle hasta que la sangre se coagulaba. Se volvía oscura y las heces se mezclaban con el oro rojo. Seca, la sangre se detuvo también y el motor del aquel demonio se erigió en el cielo como un himno de triunfo.

Después enmudeció mientras trituraba el resto de Joe.

El único testigo fue una rata que se ocultó tras el bordillo de la acera. Sus ojillos rojos se fundieron con el brillo que emitía aquella bestia.

Y después echó a correr.

Tuvo suerte.

Y también la chica que iba con él. Había permanecido como una estaca en un lado de la calle con los ojos desorbitados y la garganta cercenada por una hoz invisible. No había ni respirado en todo ese tiempo que permaneció oculta.

Se llamaba Amanda.

9

Peter entró en la sala fría como un mármol. En el fondo de todo un fluorescente parpadeaba de forma agitada. El olor a formol estaba suspendido en el aire como una mancha de aceite. Quizá era la primera vez que visitaba un lugar como ese. Pero recordó cómo era una sala parecida que vio en una de sus pesadillas, quiso hacer una mueca pero no lo hizo. En su lugar se dirigió hasta el fondo donde le esperaba otro joven ataviado con una bata blanca impoluta. Su rostro se oscurecía cada vez que se apagaba el fluorescente y brillaba sin risa alguna cuando la magia aparecía. A su lado la camilla metálica soportaba un buen montón de carne picada y la sangre había creado un pequeño riachuelo seco en el suelo.

—La verdad es que no me apetece hacer esto —rezongó Peter. Su gabardina no bamboleó ni cabalgó sobre el aire. Más bien era como una alfombra que se arrastraba penosamente por el suelo recién encerado, pero aún así siempre había una mancha de sangre o lo que era peor; un trozo de masa encefálica.

—A mí tampoco me gustan estas cosas —reiteró Burt que caminaba tras él. Esta vez con el sombrero de fieltro atrapado entre sus manos. Su calvicie era patente, pero solo en la coronilla que parecía brillar debajo de aquella luz.

Jack se había quedado fuera del anatómico Forense. Se estaba comiendo un sándwich de queso y jamón york con algo de lechuga. Esto último le producía gases y cuando un soplo de aire rajado salía de su ano, se echaba a reír en una gran risotada el muy tonto. Entonces se movía en el asiento del coche y este se movía como si se riera también.

Banerman iba el último de la fila, con las manos cruzadas y una mirada fría. Su corazón estaba latiendo con normalidad, pero a veces sentía como se quería acelerar a medida que se acercaba el momento en el que Peter extendería su larga mano de dedos finos. Aunque ya lo había visto dos veces, siempre le parecía que era la primera que lo hacía. Como el primer polvo de tu vida, repites y repites, y siempre descubres algo nuevo en tu respiración y en tu polla.

—Buenas, noches —dijo el joven levantando su mano derecha con la palma mirando hacia el techo. Una suerte de sombras jugueteó en ella dejando entrever unas gruesas líneas ligeramente curvadas. Peter pensó que le quedaba poco de vida. Al fin y al cabo era un escritor y la imaginación siempre volaba como los pájaros en libertad, pero no leía las líneas de las manos. Claro que no.

—Buenas, noches —acució Banerman porque conocía al joven. Era un tal Daniel Horms. Un becario, pero hacia las cosas bien. Al menos no era tan asqueroso como los más viejos que te enseñaban las tripas colgando de la mano.

Daniel era diferente.

—Señor Banerman. Pueden ustedes empezar —agregó el de la bata blanca como si estuviera momificado. Estaba demasiado rígido y era lento en sus movimientos. Como si le pesaran los brazos y la propia alma. Ahora bajó la mano no sin antes señalar aquel desastre con su dedo índice. No era un dedo rollizo ni esquelético; era normal, pero muy blanco.

Peter lo miró de soslayo y se acercó a la camilla metálica. El olor era nauseabundo y tuvo que contener un poco la respiración. Hubiera deseado oler un pedo a aquello, pero no se llevó los dedos a la nariz. Sencillamente se encogió de hombros y tragó saliva.

Burt se situó en silencio al lado de él y Banerman al lado de Daniel. En medio estaba el amasijo y los cuatro se cruzaban las miradas casi acusadoras. Casi perturbadas. Esperaban el gran momento.

De repente el brazo de un fiambre se cayó desde el borde de la camilla que estaba más próxima a ellos. Burt sintió una punzada en su corazón y vio con ojos abyectos aquel brazo purpúreo como la manecilla de un reloj apuntado al número seis. Las uñas estaban negruzcas y en el momento de la caída sonó una suerte de crujidos de huesos, carne putrefacta aplastándose, doblegándose, y algo si pisaran un charco de agua.

—A veces los muertos necesitan cambiar de postura. Puede resultarles incomodo estar siempre bocarriba y con los brazos cruzados —explicó jocoso Banerman. La estrella de cinco puntas que tenía pegada como una garrapata en su solapa dibujó un arco de luz bronceína a medida que su torso se retorció para mirar aquel jodido brazo. Después de dibujar una mueca en su rostro se volvió hacia ellos todavía sonriendo.

Burt enarcó una ceja. Solo una de ellas y arrugó los labios como los pliegues del ano. Se aseguró de que no saliera de su boca ni el aliento.

Entonces Peter con la mirada fija en los restos orgánicos extendió su mano. Ese momento que tanto esperaban. Daniel se quedó obcecado ante aquella maniobra.

Viscoso, tocó unos gránulos de carne y se enfangó los dos dedos de sangre negruzca. Entonces sintió como si un rayo le atravesara el cuerpo. Había conectado casi de forma inmediata y su respiración se había agitado, no así su corazón. Vio una espesa niebla opaca y después la negrura de un túnel sin fin. No sintió escalofríos, pero sí como si algo dentro de él se teletransportara a un universo paralelo. Se vio a sí mismo y a los demás clavados como palos en el suelo que no era de linóleo y después vio algo oscuro y brillante al mismo tiempo.

Eran unas luces cegadoras que pasaban del tono amarillo al rojo. Escuchó el ronroneo de algo tan grande como un león. Incluso olía el aire de ese otro mundo. Sus ojos se cerraron furtivamente. Ahora el corazón se aceleró un poco y pensó en su padre John. Había elegido un momento inapropiado para conocer si su papá del alma seguía meando sangre o no. Después de esto volvió a ver aquellos faros, porque justo encima de la lata roja, había un parabrisas, es decir, el cristal de frontal de un vehículo. Claro que lo era. Y podía hasta sentir el miedo de aquel desgraciado y el dolor mientras estaba siendo triturado.

La bestia mecánica había abierto sus fauces y mostrado sus dientes curvilíneos. Tan brillantes como hojas de cuchilla. Tan extenuantemente feas como para no seguir mirando. La sobrecogedora escena mostraba la cara sonriente y malvada de un monstruo de metal.

Arriba del todo se suspendía una densa nube a veces azulada, otras era grisácea y finalmente, oscura. Eran como unas diminutas nubes que iban a estallar en una tormenta. El olor se parecía a azufre y no vio nadie detrás del puñetero volante bronceado. No al menos algo humano.

Y siguió masticando y triturando, con sus zarpas redondas agarradas en el suelo, y el grito era infernal, tan alto que se podía poner con un altavoz de manos libres si quisiera. Aquello le trepaba por encima masticándolo y vomitándolo por la parte de atrás. Como una segadora de césped.

Y después vinieron el silencio, la paz y la oscuridad.

10

Ya gritando como una sirena, Amanda pedía auxilio a través del teléfono móvil. El micrófono del dispositivo vibraba tanto que parecía querer pugar del teléfono como un botón. Las luces eran menguantes y había empezado a llover. Su cabello estaba encrespado y gracias a un fulminante rayo que se balanceó en lo alto del cielo se pudo percibir que era rubia y tenía los ojos claros, pero nadie fue testigo de ello.

Ni la jodida rata que ya había abandonado el lugar.

—¿Qué sucede señorita? No grite tanto porque no la entiendo —inquirió una voz grave que emergía del altavoz del teléfono hasta enroscarse en el tímpano como una raíz.

—¡¡¡Mi novio!!!! ¡¡¡Mi novio!!!

Movía las manos como las aspas de un molino en medio de una DANA o casi como un huracán al nivel cinco. Sus dedos parecían encrespados como su cabello. Como si aquel maldito rayo que no fue seguido por un trueno, la hubiera alcanzado y le hubiera metido por el culo un millón de voltios.

—Señorita, cálmese y hable despacio y bajo —suplicó aquella voz inamovible.

La respuesta fue la misma.

—¡¡¡Mi novio!!!! ¡¡¡Mi novio!!! —pero esta vez ya estaba dando saltitos como una niña jugando a la comba.

—Le repito que se calme y empiece por el principio —acució aquella voz oscura.

La paciencia era infinita, pero el agente con ojos como bola de billar y piel oscura la estaba perdiendo por momentos. Su barriga se estampaba contra el borde la mesa. La silla de cuatro patas con ruedas chirriantes se movía de un lado para otro como un barco a la zozobra.

—¡¡¡Esa cosa se lo ha comido!!!

Sí, pudo decirlo de una sola sentada, pero después reinó un súbito silencio que se convirtió en algo ominoso y que impactó en el otro extremo de la línea.

Estará borracha pensó el agente de un metro ochenta de estatura y 120 kilos de peso.

Se empujó con el pie derecho y la silla atrofiada chirrió mientras se topaba contra la pared con una marca profunda en el yeso.

—¿Su perro se ha comido su hamburguesa?

Aquello parecía una parodia.

A la chica le sentó tan mal que contestó con gritos.

—Eso no ha tenido ninguna gracia. A mi novio se lo ha comido un monstruo. Ahora mismo es un amasijo de carne picada y sangre. Yo me libré porque me escondí, pero lo vi todo. Aquella cosa salida del infierno lo devoró casi lentamente mientras se subía en él...

—¿Ha fumado usted mariguana? ¿Se ha tomado algún tipo de estupefaciente? ¿Ha bebido?

Esa voz grave parecía entonar ya una serenata en DO agudo.

—Oiga agente. Me importa una mierda quien sea, pero le digo que hay algo suelto por las calles y le repito que se acaba de comer o engullir, como usted prefiera, a mi novio. Entero.

Después colgó.

El agente se apartó el auricular del oído y dirigió una mirada como si descubriera la cara de esa chica en la base. Esbozó una sonrisa y después estalló en carcajada.

El agente se llamaba Johnson.

Y no muy lejos de su mesa, de su risa atrofiada y de su ridícula cara, su compañero de turno llamado Arnie, lo miró de reojo con cara de desconcierto total. En su mano estaba apresado un vaso de plástico que contenía café recién hecho.

El plástico todavía no había desaparecido después del 2020 y seguía inundando todos los mares del planeta...

—Es un jodido monstruo —vociferó Peter con los ojos muy abiertos. Se había retirado de la camilla como si alguien le hubiera dado un puñetazo en la barriga. Su corazón se colapsó allá dentro de su pecho y por un instante pensó en que se había muerto—. Es como una cortadora de césped gigante, pero con vida propia.

Banerman soltó un bufido y acto seguido una carcajada. Sus mofletes se hincharon como un globo y los labios se estiraron como chicles.

El sheriff Burt Duchamp lo miró con obstinada determinación. Con ojos enfurecidos.

—Si mi chico dice que es un monstruo es que se trata de un monstruo —aseguró Burt al tiempo que se llevaba los pulgares detrás de su cinturón ajustado.

El forense se llevó el puño a la boca para ahogar una risilla de perro y el fluorescente parpadeó varias veces como presagio de una locura colectiva.

En el exterior del anatómico Forense el viento aullaba cada vez que se topaba con cada esquina del edificio y Jack se había acabado el sándwich. Las nubes parecían querer tocar tierra y una densa niebla opaca se erigía del suelo como la imponente nube de humo de un volcán que va a entrar en erupción.

—Es una jodida máquina de segar —repitió obstinadamente el del brillo. La gabardina se había arrugado con los espasmos del aquel enclenque cuerpo que habitaba debajo de ella.

Burt levantó su mano derecha y la posó sobre el hombro de Peter quien se había llevado el puño a la boca. Los cristales de sus gafas habían ganado aumento y sus ojos parecían enormes. Estaban inyectados en sangre.

—Creo que estamos perdiendo el tiempo chico —explicó Burt atrayéndolo hacia él.

Peter se zafó y apuntó con todos los dedos de su mano derecha la chaqueta del sheriff.

—Nunca esperaba ver algo así. Nunca pensé... —y enmudeció aunque su cuerpo estaba convulso.

Banerman, como un fantasma detrás de ellos, ya se había callado, es decir, había dejado de hacer el idiota. Ahora su rostro emanaba una serie de combinación de cara agria con un malestar agónico. Sentía deseos de pedir disculpas al forense y quien sabe dios a quien más. Los latidos de su corazón le oprimían el pecho, no por miedo, sino por la ausencia del mismo. Por haber escuchado, quizá, a un loco.

—Está claro que su hombre no tiene nada coherente que decir —acució Banerman. Seguía plantado como una estaca en el suelo del pabellón y la nuez de Adán se había quedado tan compacta como un moco en un palo.

—Peter Bray dice la verdad —se enojó Burt Duchamp y apretó los dientes al acabar la frase. Su frente mostraba un brillo de sudor—. Es capaz de ver lo que nosotros no vemos...

—Sí, una segadora de césped que se come a la gente —le interrumpió Banerman y casi estalla de nuevo en otra carcajada. El eco hubiera sido mucho mayor y algún que otro brazo de un fiambre se habría caído por debajo de la sábana.

—Menos pitorreo señor sheriff. —Burt le clavó los ojos.

Peter no tomaba consciencia todavía de lo que había visto. Estaba mareado y ahora su mano, abierta, se recostaba sobre su frente húmeda.

El hombre de la bata blanca tapó el amasijo de carne con la sábana húmeda y sucia. En su interior-en su persona-había un hombre que se estaba partiendo el culo de la risa hasta que por el esfuerzo se le escapaba un pedo largo y con dientes.

De pronto, una melodía sonó por encima de sus voces. Era el intercomunicador del sheriff Banerman. Ahora estos trastos cantaban en lugar de parecer unas simples chicharras quejándose todo el tiempo. Lo tenía colgado del cinturón, no de su hombro. Se llevó la mano hacia el dispositivo y lo rodeo con sus cortos dedos. Se lo llevó a la boca y dijo:

—¿Qué quieres Matt?

—Dice Johnson que una mujer le ha llamado histérica y que su novio ha sido devorado por algún tipo de monstruo.

En ese preciso momento sus ojos se quedaron petrificados como piedras cristalinas. Todos lo habían escuchado y los ojos de Peter Bray buscaron los suyos. Banerman también hizo lo mismo.

—Joder. ¿Estáis todos locos?

12

Bramó y desapareció en la oscuridad, cubierta la chapa de grandes gotas de lluvia, pero antes, una cámara fotográfica le había lo había enmarcado en un cuadro. En total silencio y bajo una luz infrarroja, el ojo óptico de la cámara parpadeó dos veces.

Tom había sido el primero en plasmarlo en una imagen que después correría más en las páginas de los periódicos que el mismo coche por las calles de Roda Mill.

13

La chica estaba histérica. Su cabello era ahora lacio y sus ojos sobresalían de sus cuencas como dos pelotas de tenis. Todavía tenía el teléfono móvil cercado por sus finos dedos. Por debajo de sus gritos, se podía escuchar el tono agudo y entrecortado de la comunicación. No había pulsado el botón de colgar y de alguna manera la línea había quedado abierta, bueno, con ese insidioso tono de fondo.

—Por dios, que asco —exclamó Jack sintiendo como si alguien en su interior le estuviera removiendo las tripas con un palo. Sintió un frío intenso dentro de sí mismo, como si se le helara la sangre.

La luna le guiñó con un ojo blanquecino y volvió a desaparecer tras una

nube amorfa.

—Por favor, cálmese señorita —gritó el sheriff Banerman. Estaba cerca de ella y podía sentir su calor o quizá, su intenso frío. Sus manos estaban abiertas como zarpas para tomarla por los hombros.

Encolerizada, al fin ella cedió.

—Vaya mierda —masculló Burt Ducamp mientras se acercaba a toda aquella carnicería. Ahora las luces de las farolas parecían haberse convertido en una perversas damas altas que alumbraban el lugar de los hechos con unas antorchas. El flujo de sombra correteaba sobre el picadillo, la sangre y las heces.

Entonces fue cuando Amanda, rodeada de los robustos brazos del sheriff empezó a sollozar tras un llanto inicial. Se tragó sus propios mocos y dispersó sus lágrimas sobre el charco de agua de la lluvia persistente.

Peter Bray estaba todavía al lado del coche patrulla, con la gabardina cerrada como la boca de un planta carnívora y ocultaba sus largas manos en los bolsillos. Tenía el cuello ligeramente hundido en los hombros.

Lo primero que vio era la imagen de esa trituradora, de esa bestia, de esa cosa que todavía no sabía qué narices era. Del angustioso final del anterior desgraciado y pensó, que por desgracia ahora debería tocar más porquería para poderte ver.

Poder ver, ¿qué?

Esa era la pregunta.

Empapado de agua, al fin se decidió acercarse a la chica. Banerman la tenía parcialmente recostada en su pecho, bueno, la cabeza que estaba hundida hasta su ombligo.

—Lo siento... —Pero Peter se quedó sin palabras.

—Me lla... mo... Amanda —tartamudeó ella sin alzar la mirada.

—Está bien Amanda —contestó Peter poniéndose en cuclillas. El faldón de la gabardina se hundió en un riachuelo de agua y de pronto pesaba como un globo de agua—. Voy a tocarte la mano.

Ella se echó a llorar con fuerza. De alguna forma le recordaba a su novio.

La mano de él. Cuando se arrancó de cuajo media hora antes. Aquello sobre él.

—Déjese ya de tonterías —rezongó Banerman. La estaba acariciando con sus dedos rollizos. Primero la frente y después el cabello. Al fin ella se resquebrajó de nuevo en un resuello que no parecía tan alarmante como su llanto.

El cielo se iluminó con un potente rayo y pocos segundos después vinieron los fuegos artificiales, y el estruendo. Nada de eso la acongojó a ella. Ya había visto anormalmente peor.

Sin embargo, empezó a llorar de nuevo a moco tendido.

—Vaya por dios —bramó Burt abriendo sus brazos y mirando al cielo.

Jack se había alejado de la zona. Se sentía mareado.

Después de un buen rato en el que ni el minutero del reloj avanzaba en el sentido correcto, ella preguntó:

—¿Por qué necesita tocar mi mano?

Banerman enarcó las cejas y soltó un bufido.

Peter había hundido más la cabeza entre sus hombros y parecía un buitre delante de ella. Solo le faltaba tener el pecho de color blanco como un reverendo. Entonces le veía la mirada malévolamente y el pico medio abierto.

—Bueno, creo que veo cosas —respondió Peter un poco ruborizado y pensó en su amor Ann. Era tan frágil el sentimiento que podía ver a través de sus ojos la inocencia de aquella chica.

—¿No sería mejor que declarara en la comisaría? —inquirió Banerman apretando los dientes tan fuertes que rechinaron. Sus ojos eran inexpresivos ahora. Siempre lo habían sido.

—Es mejor así —insistió Peter y extendió su mano seca.

Las gotas de agua mojaron su palma y parte de ellas se quedaron atrapadas como en un cuenco.

Ella lo miró desconcertada, temblando, y le tendió la mano de forma tímida. Como si fuera la primera vez que un hombre la tocara. De repente se había olvidado de todo.

Es mejor que tocar toda esa mierda pensó Peter mientras las yemas de sus dedos acariciaban los de ella. Frías, pero suaves.

Y entonces empujó en ella, no en el mal sentido de la palabra, sino que entró en su mente. Peter había desarrollado capacidades de su brillo, difíciles de comprender. Podía ver a través de los recuerdos grabados en la retina de una difunta como el pasado frío invierno y después descubría que incluso los objetos eran igual de válidos. Ahora tenía la certeza de que podía entrar en los recuerdos de un ser vivo, porque ya estaba dentro y todo había sido muy rápido.

Como un suspiro.

Ella no sintió nada, pero él sí. Una pequeña descarga eléctrica o electrostática en su mano. Eso era todo. Y lo veía.

—¿Qué se supone está haciendo? —preguntó la chica. Estaba sentada en el suelo, con los pantalones y las bragas húmedas. Las rodillas estaban dobladas hacia arriba y Banerman había clavado la mirada en ambas manos que parecían refulgir bajo la luz amarillenta.

—Todo empezó con dos luces —dijo Peter. Su voz estaba quebrada.

La chica movió la cabeza, un poco desconcertada, pero sorprendida a la vez. Ella estaba pensando en lo mismo.

—Sí. Aparecieron de la nada. Al principio parecían los focos de un coche.

—Es que son los faros de un coche —acució Peter.

Burt desde una distancia prudente se estaba frotando las manos. Una sonrisa alegró su rostro cabizbajo. Jack estaba de espaldas y tenía fuertes ganas de orinar. Mal momento, pensó. Aunque caía tanta lluvia que podría disimular una buena meada detrás del coche, pero no lo hizo, no al menos de momento.

—Creo que era oscuro —explicó ella, ahora más tranquila. Aunque sus ojos escondían un mar de lágrimas. Las gotas de la lluvia borraban esa mirada triste de sus ojos. Respiraba con suavidad.

—Es de color rojo. El vehículo es de color rojo —repitió de forma ostensible él.

Ambas manos seguían fusionadas y él podía leer sus recuerdos. Eso le

producía una gran satisfacción y se olvidó por un momento que detrás de él tenía un picadero o un amasijo de carne que se la llevaba el agua.

—No estoy muy segura de ello, pero sí sé que gritaba.

—¿Gritaba?

—Sí.

Banerman la dejó de acariciar y se puso en pie con un semblante entre serio e incrédulo. Las gotas de la lluvia rebotaban en su sombrero de fieltro y una gran mancha oscura iluminaba su espalda. La chaqueta estaba toda cubierta y arrugada.

—Esto es una tontería —refunfuñó el sheriff.

—Mi chico dice la verdad —se entrometió Burt alzando la mirada. Le desafiaba con ella.

Banerman se alejó de ellos chapoteando sobre un riachuelo, cerca de los restos de aquel pobre chico. Las luces azules y amarillas de los dos vehículos pintaron el cuadro de distintos colores reflejados, y por algunos momentos el color rojo de la sangre desaparecía por completo.

—Lo que escuchabas eran las ruedas chirriar en el pavimento —aseguró Peter. Ahora tenía la cara cabizbaja. No necesitaba mirarle a los ojos porque en ellos veía a los de su amada. Un nuevo relámpago iluminó el cielo y la tierra, y solo entonces, si Peter la hubiera mirado, podría haber visto el color verde de aquellos bellos ojos. Las lágrimas, correteaban por su piel y eran arrastrados por las gotas de la lluvia que crecía por momentos.

A nadie se le ocurrió tapar a Amanda con una chaqueta.

—Sí, tienes razón. Olía a quemado.

—Eso era caucho.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Lo veo en ti.

De repente, el corazón de ella martilleó en las sienes y en la nuca, como una bomba de agua que a veces se atrancaba. Sin dolor, salvo que lo sentía muy fuerte, como el ruido de unos tambores. Pero que sin embargo no le producía

miedo porque eso mismo lo había sentido muchas veces. Sobre todo cuando hacia el amor y llegaba al orgasmo, ese evento inseparable de todo ser vivo.

—¿Qué?

Peter le mostró el reflejo de los cristales de sus gafas. Tras ellos se escondían unos ojos oscuros en ese momento, pero para nada siniestros. Solo la estaba mirando. Sin más.

—Entonces tu novio empezó a correr porque el coche se abalanzó hacia él. El humo creó una niebla densa y el coche gritaba. Tú miraste histérica dentro de la cabina a través de los cristales y no viste nada. Solo había un volante bronceado tras el parabrisas tintado. Ese coche tiene todos los cristales tintados.

El corazón de ella era ahora un martillo golpeado un yunque. El sonido de sus latidos ahora estaban acompañados de un dolor sordo. Se llevó la otra mano con la que había estado apoyada en el suelo, a la cabeza, y sintió como si su cráneo se dilatara por momentos.

—Siiiiii. —Fue un grito casi histérico. Tanto Banerman como Burt se giraron para clavar sus miradas en ella.

—No te asustes. Solo trato de averiguar lo que pasó... —y justo en ese momento ella retiró su mano con fuerza y se la llevó al regazo, como si allí estuviera a salvo bajo la torrencial lluvia que se había convertido ahora.

Al fin y al cabo era otoño.

Peter Bray lo vio todo.

Como otras veces.

Estaba apoyado en la pared. Su panza parecía una bolsa de basura y amenazaba con rajarse y dejar caer los desperdicios de su interior, pero eran sus tripas. Evidentemente, no iba a suceder eso. Víctor tenía fuertes dolores estomacales y un fuego interno arañaba las paredes internas de su garganta. Se convulsionó un vez más y empezó a potar. Ahora parecía que de su boca

desprendía azufre. Sus ojos estaban lagrimosos y el corazón palpitaba sutilmente dentro de él. No era extraño, pues ya había vomitado varias veces en el último mes. En una reciente visita al médico le diagnosticaron una úlcera y lo enviaron a casa.

Mucha leche, decía el médico y parecía sonreírle de forma mezquina. Víctor, que era alérgico a la lactosa, emitía un gruñido y se iba de la consulta dando un portazo.

Ahora estaba soltando toda la cerveza que había ingerido durante cuatro horas. Unos quince botellines. Había eructado como un potencial monstruo y todos en el bar se animaban ante tal aversión. Aquello era la marca del triunfo. Un eructo potente, largo y rugiendo como un motor de gran cilindrada. Y aquello no le arañaba las cuerdas vocales.

Después había seguido bebiendo.

Pero ahora le dolía incluso la cintura porque ya llevaba más de quince minutos en esa posición. Casi obeso, Víctor se balanceaba en lugar de caminar. Ahora parecía un pilar doblado soportando el peso de la pared de un edificio abandonado que se situaba al volver la esquina del bar de Steve Full. Lo llamaban así porque el muy jodido invitaba a sus mejores clientes beber hasta la saciedad. El muy hijo de puta disfrutaba sobremanera verlos caer reventados al suelo mientras los vómitos amarillos y verdes fregaban el suelo de madera.

Y entonces se le ponía la polla dura.

Estaba loco y todos lo sabían, pero ostentaba ese jodido bar y no iba al Psiquiatra. El más popular y discurrido de todo Road Mill. A veces la liebre salta donde menos te lo esperas, y esa era una comparación acertada. Otros sitios mejores ambientados, donde no había borrachos ni viejos tirándose pedos al lado de una chimenea, no tenían tanta concurrencia como aquí.

El bar de Steve Full tampoco tenía camareras enseñando medio pecho. Otros si, y si hacía falta enseñaban las bragas, pero eso no parecía ser suficiente. Ni el manjar de un chef desquiciado por el menú de la carta. Un plato como la rueda de un tractor para una jodida aceituna que titilaba en el centro. La salsa era una gota de sangre justo en el centro o a veces, para impresionar más, dibujaban una línea al lado de ésta y parecía que el palto estaba más lleno.

En Road Mill no había tanta gente cursi. Ese pueblo estaba lleno de

borrachos y Víctor era uno de ellos.

Soltó la segunda bocanada en una nueva convulsión cuando algo maloliente se arrastraba por la calzada a sus espaldas. Sin duda por el ruido de los neumáticos y como no, por el motor, aquello sería un coche.

Víctor lo sabía porque el ruido del motor se elevó por encima de sus eructos. No se giró para nada. Él seguía apoyado en la pared con una mano abierta y el otro codo hincándose en la rugosa superficie de la misma. Olía a quemado y algo como fétido. Eso tampoco le llamó la atención pues pensó que debía ser el alcantarillado o en el mejor de los casos, los cubos de basura metálicos que brillaban, esta vez sí, bajo el resplandor de la luna que se asomaba desde la negrura del cielo. Esa luz blanquecina ya que en esa calle cortada no había farolas, mostraba toda la mierda que uno podía echar en los cubos de basura y a su vez pensó que algún jodido perro se acababa de cagar allí mismo. Sí, eso era fácil de comprender, pero la peste provenía del coche que lenta y oficiosamente se detuvo en el *stop*, ronroneó como una bestia y salió del callejón con las luces siniestras que todo lo lamían haciendo que todo se viera destellante, pero sin vida, de un color grisáceo como la muerte.

Víctor siguió vomitando y no prestó atención alguna más que los tropezones que habían brotado de su ancha boca. Y entonces recordó que horas antes había comido perritos calientes.

El gran gatazo que dormía sobre el capó de aquel coche casi enmudeció mientras se extinguía al final de la calle. Los neumáticos no rodaban sino que trepara la calle. Un gato que intentaba cruzar la calle con el rabo apuntando a la fría luna, se detuvo, buscó los dos puntos rojos de la parte atrás del coche y los miró hasta que desaparecieron en la oscuridad.

Después Víctor que estaba dentro de la misma área, empezó a reírse de sí mismo, mientras el dorso de su mano se restregaba por la boca. Después de todo empezó a reírse y el gato prosiguió su camino.

Eso fue dos días más tarde.

—Es surrealista Ann —aseguró Peter cogiéndola de la mano. Ambos estaban sentados en el borde de la cama de ella. En su habitación iluminada por unos rayos de sol inquietantemente dorados. El suelo de linóleo parecía bañado en oro y ascendía de él un polvo casi transparente. La ventana era lo bastante grande como para que toda la cara del sol cupiera ahí.

—Conozco tu don Peter, pero esto es imposible. Un coche no puede circular por ahí solo. Sin conductor. —Hizo una especial incisión en esta última observación poniendo cara de ignorancia.

—Lo sé Ann. Por eso te lo cuento. Porque no me lo creo todavía.

—Pero lo has visto —acució ella. Sus ojos brillaban como dos piedras preciosas.

—Sí, lo he visto. Era un coche con una boca metálica que lo devoraba mientras pedía auxilio.

—Debe ser una confusión Peter. A lo mejor ya estás delirando...

—No es eso —le interrumpió él procurando no herirla en el modo en que lo hizo—. Solo que lo vi y no me lo creo.

—Sé que no te lo crees. Lo veo en tus ojos. —La mano de ella cogió las gafas por los bordes del cristal derecho. Se las separó de los ojos y le clavó la mirada en silencio.

Ahora me soltará la perorata del día pensó un Peter afligido.

—Ahora deberás ver con tus propios ojos —explicó ella. Puso las gafas de montura gruesa sobre la cama. Después, le cogió de la mano. Él sintió un calor inmenso de repente, y su corazón se excitó como su polla.

—Sabes que veo con otros ojos —dijo él sin apartar la vista de ella, pero la veía borrosa, como una densa nube de polvo se hubiera interpuesto entre los dos. La misma que producía el sol cuando acariciaba el suelo hasta llegar a sus tobillos.

—No hablemos más de esto —le regañó Ann, pero sin perder la sonrisa.

Peter Bray cabeceó y no hablaron del asunto durante días.

Hasta que fue reclamado de nuevo.

Introdujo la tarjeta de memoria en el puerto USB. Podría haber conectado la cámara fotográfica con el cable, pero prefirió extraer la tarjeta del tamaño de una uña e insertarlo en el puerto del ordenador. Después abrió la carpeta e hizo doble clic en una de las imágenes que se mostraban como caritas diminutas todas ellas riéndose en su cara.

Las luces eran cegadoras y la imagen se veía borrosa. No había ni siquiera una vaga silueta tras el destello. La luz amarillenta ocupaba toda la imagen. Hizo lo propio con la segunda imagen y esta vez sí, vio algo distinto.

Los colores se reflejaban en la cara de aquel tipo como si estuvieran proyectando una película sobre su rostro en lugar de la pantalla. No era una luz tan fuerte como para parpadear, pero sí lo suficientemente intensa como para dejar ver la barba rala en la penumbra de la habitación y su nariz puntiaguda reflejada en la pared. Era de noche y tras los cristales de la ventana se asomaba una mezuquina luz de mantequilla.

La pantalla del ordenador arrojaba más intensidad que eso.

Su mano empujó el ratón hacia adelante. Su dedo índice hizo doble clic y la imagen aumentó de tamaño. Los ojos de aquel hombre se abrieron como si quisieran salirse disparados como dos bolas que se estamparían contra la pantalla. En la imagen ahora las dos luces eran dos faros no muy bien definidos, pero parecían ojos. La silueta era la de un coche, pero no se podía ver el color de la carrocería entre tanta negrura. El parabrisas era oscuro también, pero se podía ver nítidamente como un cuadro con bordes plateados. Detrás de ese cristal había algo dorado en forma de volante. Sin duda era eso, pero no veía ninguna mano rodeándolo. Ningunos dedos macilentos o raquíuticos acariciando el arco. El interior del coche estaba vacío. Su corazón se aceleró y pensó que eso no sería suficiente prueba como para entregárselo al sheriff y cobrar la recompensa.

Allí no había nada extraño, salvo que no se podía ver al conductor. Lo achacó a un problema de luces y de ese modo poder relajarse un poco. De modo que abrió otra imagen y esta vez vio algo más.

Unas sierras en la parte frontal del vehículo que parecían estar tan abierta como las fauces de un león.

Se repantigó en el sillón y se llevó la mano al mentón como si quisiera sujetarse la cabeza por su elevado peso. Sin embargo, solo estaba rumiando y los pensamientos ocupaban espacio en su cerebro y por lo tanto, pesaban unos cuantos gramos de más. Su corazón se había acelerado como un motor y a veces sentía dolor de cabeza.

Tras un cuarto de hora sin dejar de mirar aquella imagen, no llegó a ninguna conclusión, bueno sí; que debía seguirlo más de cerca y utilizar unas lentes más eficaces.

Eso era fácil para él.

17

Sucedió una vez más, pero antes tuvo una pesadilla.

Peter se irguió en la cama como un potente muelle le hubiera empujado por la espalda. Varias gotas de sudor salieron disparadas hacia las sábanas y tenía la frente sudorosa. Su corazón latía incontrolable dentro de su cabeza. Sus ojos estaban dilatados y brillaban en la oscuridad. Esa noche había empezado a llover de nuevo y las gotas repicaban como nudillos en el tejado como si quisieran entrar en casa.

Mira Peter, estamos aquí. ¿Nos abres la puerta por favor?

Solo era un maldito sueño.

Nada más.

Pero lo recordaba con tal intensidad que le pareció que había sucedido de verdad.

18

La sombra era alargada en Road Mill, pero en Boad Hill no había luna, excepto la luz de las farolas que parecían cerillas en el viento. La chica de vaqueros y bambas blancas aceleró su paso porque no le gustó nada el ronroneo que sonaba bajo aquel capó. Era un coche casi destartado en el que crujían todas las piezas a medida que rodaba sobre la calle. Ella se subió a la acera y el coche también, pero quejumbroso y emitiendo una pestilencia cercana al gas más que al gasóleo.

Aquello era la combinación de la grasa, el gasóleo y los cojinetes quemados que tras ser inhalado con tal intensidad podía drogarte o en el mejor de los casos; intoxicarte.

—Dios, que es esto —susurró la chica de cabello moreno mientras seguía acelerando la marcha. No llevaba bolso, ni libros en su regazo, por lo que tenía ambos brazos libres como las alas de un avión. Un empujoncito más y saldría volando de allí.

El coche con sus voraces luces enrojecidas ahora, le ganaba terreno en un juego al despiste. Aceleraba y frenaba, siempre inmerso en aquellos extraños ruidos que parecían provenir de un taller de coches.

El humo era denso y flotaba alrededor del vehículo como una nube preparada para abrir todos sus grifos. Sin embargo, aquello se había convertido en una especie de niebla que lo rodeaba a cada metro que avanzaba, y pronto le alcanzó el cogote a la pobre infeliz: porque el miedo y el pánico irracional la estaban delatando. Casi paralizándole los pies al tiempo que su corazón se aceleraba con hastiado desdén.

—Corre —se decía a sí misma—. Corre Wendy.

Así se llamaba ella.

Wendy Hill.

Miró hacia atrás con ojos incrédulos y la frente llena de sudor. Aligeró la marcha porque pensó que en el interior de ese coche podría haber alguien con no muy buenas intenciones, sin embargo, no vio nada. Era una cabina totalmente vacía. Era un jodido coche que se le había roto el freno de mano o quizá el conductor habría sufrido una parada cardiaca y tenía la cabeza laxa sobre el volante y con el pie en el acelerador. Y todo esto lo pensó mientras se volvía de nuevo y por la forma en que lo hizo podría haberse creado una luxación, o al

menos romperse el cuello. Pero pareció de chicle y no se hizo nada. De modo que empezó a echar a correr porque el vehículo rojo, ahora si lo veía, empezó a acelerar la marcha, dejando tras de sí unos tirajos de caucho desparramados sobre el asfalto, como si las ruedas giraran a una velocidad vertiginosa.

Ahora la sombra parecía extender unas garras que la iban a coger entre sus hojas afiladas y negruzcas.

—Correeee —bramó ella ahora, cogiendo aire e impulso. Los codos perfectamente en un ángulo de 90 grados y las rodillas por delante de su cuerpo. Y aunque hacía frío le parecía que estaba corriendo dentro de una nube de vapor.

Aquella densa niebla azulada la atrapó y con ella, algo más. Un lacerante dolor la detuvo en seco y empezó a gritar a un cielo cerrado y oscuro. La calle estaba oscura y solo los malditos faros la enfocaban a los ojos directamente. A veces era una luz roja y otras, de cera derretida. Ella se volvió porque algo le había atrapado el pie derecho. El dolor le recorrió desde las uñas del mismo hasta el codo como si la hubieran atravesado con un arpón. El miedo se justificó en su rostro y mientras gritaba de forma frenética, sintió pánico. Una sensación horrible. Creía que se estaba muriendo, pero en algún momento pensó en que una de las ruedas le había pisado el pie y entonces un tipo borracho saldría del vehículo y la ayudaría. Sí, eso era lo que pensaba, pero cuando vio aquellos dientes metálicos todo se difuminó en el más absoluto silencio que la introdujo en una etapa en el que se le dormía todo el cuerpo. Su cara. Su frente. Sus manos. Su pierna. Y entonces sentía como el dolor se relegaba a un segundo plano y, a pesar de todo, sentía paz.

Una paz que la llevó a la basura directamente.

En una esquina, una cámara fotográfica tomó cuantas instantáneas pudo antes de que aquella chatarra se diluyera en la oscuridad.

Era el mismo tipo de las otras veces.

Ray Lee, fotógrafo de la revista paranormal Ensay News de Boston.

Todo parecía tan surrealista como imposible y demasiado casual.

Peter Bray tenía dos problemas

—Jack, ¿qué crees que puede estar sucediendo allí? —preguntó Burt ajustándose el sombrero de fieltro. El arma reglamentaria estaba sobre la mesa, y sus pies también.

Jack se hizo el interesante durante un breve momento y después contestó:

—Solo Peter sabe lo que sucede.

—¿De veras crees que todo eso es real? ¿Quieres que me lo crea?

—Tiene el don de ver las cosas y eso fue justamente lo que vio.

El inquieto culo de Burt se movió en su sillón.

—Lo sé. Eso lo ha dejado bastante claro en el pasado. De no haber sido por él, el primer asesino todavía estaría suelto en Boad Hill. Acechando en cada esquina como un buitre. —De alguna manera Burt estaba reconociendo su incapacidad para haber llevado todo ese dichoso asunto, pero eso ya sucedió y ahora las cosas eran bien diferentes.

Lloyd Chambers, el de la polla larga y fina como una barra de pan, cruzó por delante de la ventana del despacho, se detuvo y les sonrió. El muy hijo de puta todavía estaba partiéndose el culo de la historia del coche encantado. Burt enarcó las cejas traspasando con su mirada el cristal y Lloyd siguió caminando, pero sin apartar su estúpida sonrisa de la cara.

Los demás estaban distraídos mirando las musarañas. Y al menos Richard, tenía pánico a algo que no sabía ciertamente lo que era.

—Señor, haga caso a Peter. El chico no miente.

—¿El chico? El chico ya tiene pelos en las pelotas y esta vez creo que está delirando. —Burt había elevado el volumen de su voz, como si fuera una maldita radio de onda corta de los años cincuenta, con sus chicharras retumbando en el altavoz—. Como voy yo a creerme que un coche campa a sus anchas sin que nadie lo conduzca. Eso existe en las novelas y en el cine, pero no en Maine.

Sus piernas estaban cruzadas ahora sobre la mesa y las punteras de sus

botas se movían como unas agujas de un reloj averiado, o mejor dicho, como un metrónomo. Daba la sensación de que iba a inducir en un estado de relajación profunda a todas las arañas que colgaban del techo. Había tres. Una de ellas movía sus tentáculos tiesos en una esquina. Observándoles con sus microscópicos ojillos abyectos.

—Lo siento señor —repuso Jack que permanecía de pie frente a la mesa. Al lado contrario. En sus dedos revoloteaba una rosquilla de azúcar.

—Y no me seas pelota —refunfuñó Burt.

«Y trepaba sobre él. Era metálico. Tenía dientes. No había nadie dentro del coche».

Aquellas palabras le retumbaban dentro de la cabeza, y porque no, bajo su pecho acompañado de los latidos que si eran de verdad.

Jack se llevó la rosquilla a la boca que esperaba salivosa el manjar de la mañana.

No dijo nada más sobre el asunto, pero Banerman, en otra desesperada llamada de teléfono se lo hizo recordar a Burt.

—Ha sucedido otra vez —había anunciado con profunda maceración en el tono de su voz.

20

—Papá, estoy en un lío —dijo Peter sentándose al lado de él. El sofá apenas se hundió. Había sido como dejar caer la gabardina sola. Fuera la lluvia había cesado esa mañana y habían terminado de desayunar. Esta vez bastante jugo de naranja y dos huevos revueltos. Como si el calcio no jodiera los riñones y el huevo el colesterol.

—¿Alguna de tus absurdas novelas?

John le miró de reojo mientras mantenía un ojo fijo en el canaleta de Christie. Esa mañana no enseñaba tanto pecho y estaba hablando de algo no sé qué llamado DANA. Un fenómeno de gota fría. Pero John había llegado a pensar

que en Maine eso no existía. Solo los huracanes en el sur, es decir, en Florida y quizá alguna meada de pájaro sobre Nueva York. Las cosas de agua abundante ocurrían en otros países, pero estaba equivocado.

«Cuando la capa alta está húmeda y fría y el calor del suelo se extiende sobre esa zona es cuando las nubes sueltan...»

Esa mañana la voz de aquella momificada presentadora estaba arisca, como ronca, pero sin estar totalmente rota. Peter habría descrito aquella voz en una de sus novelas, como una descomunal resaca.

—No, papá. Es ese maldito asunto de Rad Mill. Ya sabes. Esas muertes. No sé qué creer. Yo vi algo, pero no lo que me esperaba. Ann cree que estoy delirando, lo he visto en sus ojos. En su mente.

—¿Y qué sucede realmente? —John se volvió hacia su hijo. Sus ojos estaban brillantes, pero no húmedos. No había motivos.

Peter se pasó la mano sobre la gabardina como queriendo alisarla. No estaba arrugada. Solo estaba tiesa como un palo apuntalado en un gallinero. Sucia.

—Pues que suceden accidentes —dijo.

—¿Y eso es todo?

—No.

—Lo sabía.

Peter se acomodó más en el sofá. El murmullo de la televisión se introducía en sus tímpanos como gotas de agua. Estaba molesto, quizá inquieto.

—No sé si contártelo papá.

John le puso la mano sobre la pierna de su hijo.

—Adelante. Tu madre ya no está para regañarnos. Puedes contármelo todo a mí. Ella siempre había dicho que eras un niño muy especial. Digamos que divagabas mucho en la fantasía.

Peter sintió un revoloteo de alas en su estómago. Qué recuerdos, pensó, y sus ojos brillaron tras los cristales de sus gafas.

—Esta vez creo que se trata de algo que no es de este mundo.

De repente, hasta el televisor se quedó mudo. Un silencio empalagoso y por momentos como si fuera punzante y pesado sobre la cabeza y los hombros. Sí, parecía un silencio materializado como una densa nube invisible que estaba laxa sobre ellos.

—¿A qué te refieres hijo?

Los ojos de John se dilataron. No era tan impropio de él, por eso se dilataron casi de forma desmesurada.

—Un coche sin conductor va matando gente por las calles.

John se quedó petrificado.

21

Ray Lee salió en busca de la fotografía perfecta y casi la encontró, salvo que no estaba «Eso» como cabía esperar. Los agentes del sheriff Banerman habían cercado con una cinta amarilla la zona del siniestro. En el suelo una gran masa compacta casi parecía humear todavía. La sangre se había secado, pero se distinguía perfectamente el riachuelo que había formado junto al agua de la lluvia. No es que lloviera de forma intensa, pero en esos días lloviznaba intermitentemente.

Un perro de color blanco tenía la lengua rezumando saliva colgándole en el borde de la boca. Se mecía como una campana y estaba ansioso de poder saborear aquel desperdicio humano. Uno de los agentes lo apartó con el pie. El can escondió la lengua y se fue hacia otro lado donde nuevamente mostró su lengua sonrosada y extremadamente larga. Sus ojos estaban acuosos, como la baba de la comisura.

La cámara de fotos esta vez sin la luz infrarroja activada captó también la imagen del perro. Las marcas de los neumáticos brillando en el pavimento a pesar de que eran largos manchurroneos negros, y captó a todos los agentes que no sabían disimular su cara de asco mientras de forma inquieta, caminaban alrededor del desastre.

Y minutos después, aunque no lo sabía, el objetivo de la puta cámara

fotográfica, captaría a un Peter Bray encorvado, negro por la gabardina y con un semblante algo más que serio.

¿Quién coño es ese tipo? Se preguntó Ray y su dedo índice pulsó varias veces el disparo de fotos, como le llamaba él de forma cariñosa.

El jodido perro finalmente entró en la zona delimitada y lamió con ansiedad lo que quedaba de la chica.

22

—¿Lo has visto? —preguntó uno de los agentes de Banerman. Un tipo enclenque con los brazos tan largos como las ramas de un árbol. Sus venas visibles parecían las raíces de un profundo bosque encantado. El tipo tenía la nariz grande y roja, aunque no moqueaba. Era alérgico a todas las cosas del mundo en todas las estaciones.

—Sí —admitió el ayudante del sheriff—. No es la primera vez que lo veo. Es un tipo genial. Se calla. Se acerca a lo restos de porquería. Extiende su mano y se queda rumiando cuantas vacas tiene el gordo de Johnny. —Después de esto estuvo a punto de estallar en una carcajada, pero no lo hizo. Banerman se paseaba nervioso, como una mosca de las verdes, alrededor de Peter.

Una de esas que pisan la mierda de todo tipo.

—¿Y hace algo más?

—Sí.

—¿Qué hace?

—El gilipollas —anunció el ayudante en un susurro. De cualquier manera estaban bastante retirados de Banerman, pero no de Burt quien los miró aclarándose la garganta. Después escupió al suelo.

Pero no dijo nada.

Y mientras el sol hacía de las suyas tras las nubes y las sombras cambiaban de forma, Peter Bray se fijó detenidamente en algo.

Un trozo de metal. Presumiblemente del parachoques. Eso debía ser una pieza de museo pensó, porque hoy en día los coches están hechos de plástico de mierda. El brillo le llamó la atención y también su forma. Una especie de *boomerang* que en realidad era un trozo de chatarra partido que brillaba cuando el sol se proyectaba sobre dicha pieza.

Se agachó para observarla más de cerca.

Banerman le miró como un perro Dóberman mira a un tipo con un pasamontañas. Con los ojos hundidos en sus cuencas al tiempo que despide rabia, furia y una sensación perturbadora.

—Yo que tú, no tocaría eso —carraspeó el muy jodido. Banerman tenía las manos cruzadas detrás de su espalda. Sobre la raja del culo.

—Solo quiero mirarlo —rezongó Peter—. Pero si quiere que le ayude de verdad sería necesario que lo tocara. Pero si es un inconveniente, me levanto y me voy por donde he venido. ¿Qué le parece?

Banerman se aclaró la garganta produciendo un ruido como cuando tiras de la cadena. Tosió dos veces y añadió:

—Hey...

—¿Qué?

Burt se había acercado tanto que pudo oírlo entre el trajín que se llevaban todas las fuerzas del orden trabajando en el área delimitada. Los de la ambulancia se encogían de hombros al ver aquellos pingajos, trozos de piel y cabello. Pero la camilla seguía chirriando como una condenada cuando salía desde la parte posterior. A la camilla le importaba un bledo este mundo y el otro. Al joven que la atrajo hacia afuera, igual.

—Nada. Solo estaba pensando en voz alta. Cotejamos tus huellas y ya está. Puedes seguir.

—Perfecto. A mí tampoco me gusta tocar unas hamburguesas desparramadas. Prefiero cosas físicas.

Aquello sonaba a socarrón.

Peter sin pensárselo dos veces lo alcanzó y la yema de su dedo lo tocó hasta mover el metal. No sintió nada. Parecía algo vacío. No era como las

prendas del pasado. Esas prendas que las víctimas graban una especie de memoria en unas retinas inexistentes. Este pedazo de metal parecía hueco. Sin vida. Hasta que sucedió algo frustrante.

Esta vez vio mucha luz. Un brillo blanco puro. Intenso y cegador. Después vino el negro y al final de un segundo escaso la cara de aquella joven. Tiznada, mojada y con lágrimas que arañaban su cara por el gesto de dolor dibujado en su rostro, no solo en la boca abierta y en esos ojos desencajados, sino en toda ella.

Escuchó su voz. Estaba gritando. Sintió su dolor y además, un espacio vacío entre aquello y ella. Había un vacío inexplicable. Un volante que giraba solo y un motor que renegaba del mundo a medida que avanzaban las ruedas de aquel inquietante vehículo, porque vio que era eso. Un jodido coche de más de treinta años de antigüedad. El cristal rajado, los asientos arañados y polvo en el salpicadero. Amén de que no tenía contador de velocidad y las marchas carecían de la bola en la que agarrase.

Y aunque dentro todo era muy oscuro, podía ver todos esos detalles, así como oler la mohosa tapicería como si allí estuvieran sentados los fósiles de unos muertos que no se reflejaban en ningún cristal. Estaban tintados, pero rajados. Una de las manivelas de una ventanilla estaba partida. El espejo retrovisor era una especie de oreja aplastada en una almohada. El retrovisor no estaba, pero se reflejaba algo muy perturbador.

Dos inquietantes puntos de luz casi abyectos. Tan rojos como los pilotos traseros. Pudo ver todo eso en cuestión de segundos. Y las cuchillas. Esas jodidas cuchillas en el morro del coche que se abrían y cerraban, y giraban también.

Puedo ver todo eso antes de que la pieza metálica lo soltara a él y la sangre tiñera de rojo el cristal que parecía una gran telaraña.

El corazón de Peter galopaba en ese momento.

La pieza le había despedido como si le hubiera soltado una pequeña descarga eléctrica. Joder, pensó, lo había apartado de su visión. De unas retinas que no había por dónde cogerlas.

—Es un coche —exclamó Peter moviendo la cabeza como un globo pesado, y todos se volvieron hacia él—. Está vacío y tiene vida propia.

¿Había visto lo que quería?

¿Otra vez?

23

Después de toda esa fantasía desmesurada para Banerman, mandó a llamar al primer testigo. El viejo Donald. El raquítico del cual el sheriff le había parecido ver con una resaca descomunal. Quería saber si seguía en sus trece, porque los números no salían.

Según los análisis forenses era fácil identificar a las víctimas, por una u otra razón, pero no encontraban ningún otro tipo de ADN de alguien más en la escena del crimen. Se podía decir que Banerman estaba de nuevo en el principio de todo.

Si bien era cierto que había restos de caucho y metal entre las tripas y los restos que dejaban las ratas tras su banquete; no podían determinar de qué vehículo se trataba. Tampoco había testigos más que el viejo raquítico y seguramente diría lo mismo, como así fue.

Bajo la luz blanca y fría de la oficina Donald cabeceó dos veces.

—Se lo digo de nuevo sheriff. Aquello era un coche. No sé de qué año, ni mucho menos de que modelo. Quizá un Ford, no lo sé. No entiendo de coches, pero era rojo y se paseaba por la calle sin que hubiera nadie detrás del volante.

—¿No veía nada a través de los cristales?

—No. Creo que no...

—¿Va a cambiar su versión? —Banerman estaba hincado de codos sobre la superficie inundada de papeles de su mesa de trabajo. Sus ojos estaban inmóviles y sus labios se habían sellado tras formular la pregunta. Estaba esperando la respuesta con un ligero aumento del pulso de su corazón.

Donald miró a su derredor como si fuera a descubrir a todos los agentes de la comisaria agazapados a ambos lados de la silla. Estaba resfriado y lo único que vio era un moco caer al suelo. En total silencio se volvió hacia Banerman.

Su voz era ronca y parecía que estaba haciendo gárgaras mientras hablaba.

—Verá, creo que los cristales eran oscuros, pero vi a un tipo detrás de un cubo de basura haciendo fotografías.

A pesar de lo gangoso que parecía hablar, el sheriff lo entendió perfectamente.

Ahora estornudará y me llenará la mesa de mocos pensó, pero no le hizo ninguna gracia. Así que con su semblante serio puesto de fábrica, preguntó:

—¿Había alguien fotografiando el coche?

—Sí.

—¿Cómo sabe que era una cámara fotográfica y no un crío jugando?

—Porque estaba demasiado cerca. El tipo era rubio. Con el pelo anillado. Tenía una estatura más o menos como la mía. —El viejo se levantó de la silla como si le hubieran puesto una salsa picante en el culo. Su mano hizo de visera en su frente—. Así de alto —insistió.

Banerman se repantigó en su sillón. Ahora que había cogido un lápiz que se erigía entre sus dedos, puso cara de interesado.

—Puede sentarse y continuar con su declaración —dijo.

El anciano se sentó y la silla gritó sobre el suelo como si le hubieran dolido las patas metálicas. El ruido produjo una dentera en Donald.

—Cuando el coche rojo se fue de allí el tipo también lo hizo, pero sé que le hizo unas cuantas fotos.

—¿Sabe de quién se trata?

—No.

—¿Ninguna pista?

El viejo se quedó rumiando mientras se mesaba la barbilla.

—Tenía un colgante plateado en el cuello. Era como una tarjeta plastificada. No sé qué narices sería eso. Y no, no era una medalla ni la tarjeta del cajero automático. —Donald quiso reírse, pero Banerman se anticipó con una nueva pregunta.

—¿Podría ser una identificación?

—Quizá.

—Eso es todo —concluyó el sheriff y dejó caer el lápiz de sus dedos donde había estado revoloteando todo el rato. Se escuchó un golpe seco como el crujir de una rama aplastada por una gran bota del 47.

El viejo abrió sus ojos como lo hacen las tortugas al ver la lechuga.

—¿No va a preguntarme nada más?

—Creo que no sabría decirme nada más —espetó Banerman al tiempo que se ponía de pie—. Puede usted marcharse. —La mano del sheriff señalaba la puerta.

A Donald se le cayó otro moco. Esta vez sobre el pantalón a la altura del muslo derecho.

24

—Ann. El otro día tuve un mal sueño —explicó Peter mientras bordeaba la mesa del salón como un cúmulo de huracas.

—Eso es una pesadilla. Escribes demasiado. Haces demasiado uso de tu don y eso se acumula en tu interior —comentó ella sentada en el sofá. Entre sus manos humeaba una taza de café. Peter no había querido una de esas. Ella se llevó el borde de la taza a sus carnosos labios y él la miró con deseo.

—Soñé con el jodido coche —se animó Peter dejando a un lado los pensamientos pecaminosos—. Su frontal era toda una boca llena de dientes como los de un tiburón, pero estos eran de metal. Abría y cerraba la boca. Yo quería salir de allí, pero no podía. Mis piernas no respondían...

—Como en todas las pesadillas interrumpió Ann después de sentir el amargo café en su garganta, deslizándose como oro puro.

Peter levantó la mano y bajó la mirada. Pensó que tenía unas piernas preciosas su gran amada, y recordó cada vez que le hacía el amor con la pasión que uno siempre podría entregar, o con la locura del deseo libido.

—Pero lo más jodido de todo era lo que había tras el volante. —
Enmudeció. Siguió con la mirada puesta en las rodillas de Ann pues llevaba falda y se perdió en una erección inoportuna.

Ella lo miró fijamente y descubrió que la estaba acariciando con su mirada. La deseaba y se volvía por momentos, un poco loco. Algo que en otra persona resultaría aterrador o cuando menos, perturbador.

—Te has quedado sin habla. Deja ya de contemplarme con esos ojillos tras las gafas y cuéntame lo que viste. —Ella sonrió antes de acercarse de nuevo al borde de la taza.

—Había un jodido niño de siete u ocho años.

—Es una pesadilla —casi se atraganta ella.

—El niño era yo Ann.

—Sigue siendo una pesadilla.

—Es un jodido coche fantasma —insinuó ya fuera de la fase de la erección. Sintió algo húmedo allí abajo. Oculto por su eterna gabardina. La libido se había convertido en lívido.

Ella respondió con una carcajada.

En algún lugar, muy alta en el cielo, debía brillar la cara visible de la luna y enviar su reflejo débil a la tierra, pero En Road Mill, lo que iluminaba el día no era precisamente el sol, sino un titular:

COCHE FANTASMA MATA EN ROAD MILL

Sin la coma.

Y por otra parte, el sol que si se apreciaba parcialmente detrás de unas

nubes oscuras, se preparaba para una tormenta. El viento soplaba con violencia por la desierta Street Mill; jodido nombre. Y aún así aquellos periódicos tenían vida propia como si una gran multitud se hubiera alarmado ante tal titular.

Dentro de la comisaria el periódico ya había aterrizado sobre la mesa de Banerman y el viento casi gritaba afuera. Sin embargo, todos sabían que el viento no suele arañar los cristales ni las paredes, por lo que en algún momento de esa maldita mañana creyeron que fuera existía una bestia con unos ojos enrojecidos y unos colmillos embadurnados en una baba gelatinosa.

Después de leer aquel titular, cualquier cosa valía.

Jack se puso en pie y por vez primera todos vieron algo impropio de él que correteaba entre sus dientes. Era un palillo. Solo eso, y sus ojos estaban dilatados por la sorpresa de que todos le mirarán abiertamente.

Banerman pensó que aquel palillo era lo más parecido a un cigarrillo que colgaba en la comisura de los labios. Si, creyó eso. Indignado se ocultó en su despacho no sin antes dar un portazo que hizo temblar todo el cristal.

El titular estaba en primera página, con grandes letras resaltadas. Era el jodido Ensay News y sabía que tipos extraños estaban detrás de esa porquería de periódico local de poca monta.

Banerman miró de forma insistente el titular y una luz ahora con tonos suavemente anaranjados se restregaba sobre su mesa. Inclino el cuello y comprobó que en el techo no había una lámpara de queroseno que colgaba como una campana.

Es que la luz estaba medio fundida.

De nuevo sonó aquel ruido, como si alguien arañara en la parte exterior del cristal de la puerta de entrada. Algo amorfo que se escondía entre la llovizna y el aire.

Richard y Lloyd miraron hacia la puerta y pensaron los dos al mismo tiempo: debe ser algún perro suelto o extraviado que tiene frío. Sí, no puede ser otra cosa, y entonces sus ojos se dilataban más y más. El siguiente ruido no les impidió evitar cierta vacilación.

Después se miraron a la cara y el ruido cesó.

Unos segundos después, se escuchó un fuerte golpe en la mesa. Todos los agentes se giraron como muñecos de plastilina y se quedaron como estatuas de cera derretida.

Sin duda estaban todos sorprendidos.

26

—Hijo. ¿No crees, que estás esforzándote mucho en este caso? No te encuentro muy bien, bueno, a lo mejor debería haber dicho, que no te veo muy bien o quizá...

—Papá —le interrumpió Peter cogiéndole de la mano—. Estoy bien. Solo que no puedo creer lo que está sucediendo. Está claro que yo no soy normal, pero este caso es más que anormal. Solo pasa en las películas y en las novelas —aseguró un Peter desconcertado.

En su cabeza además de retumbar cada uno de los latidos de su corazón, daba la impresión de que los recuerdos y las ideas se agolpaban como pequeños elfos contra la parte frontal de su cerebro, y al aplastar la membrana le producía dolor. Tan intenso y sordo que debía llevarse los dedos a esa parte que ya estaba sudando. Se impregnaba las yemas de grasa y sudor y notaba como algo pulsátil también, detrás de sus ojos, que parecían caerse en lo más profundo de sus cuencas hacia la garganta.

John lo miró contemplativo. Pareció subirse al estrado a declarar como testigo en defensa de su hijo donde contaría la locura transitoria en la que estaba sumergido su hijo. Y contaría la historia en un tono sosegado, frío y desapasionado. Sin duda alguna él sabía que eso no le favorecía en nada. Todo estaba en su mente.

—Mi hijo sufre un lapsus mental —diría; y el admitir tan tranquilamente tal situación lo llevaría directamente al Psiquiatra. A los dos—. Ajajá. Un coche está vivo y se pasea por las calles de Road Mill. Es rojo. Es un Plymo...

—Bueno, tienes razón —acució su padre tras despertar del anonadamiento.

El murmullo de la voz sonaba amortiguada ante sus voces claramente fuertes. No salidas de tono, sencillamente elevadas.

—Tengo razón, pero hay un coche que se dedica a asesinar a cuantos pilla por delante. Banerman no me cree. Burt está callado, pero sé lo que piensa. Y tú me miras de forma extraña. También sé lo que piensas —explicó Peter, sereno e imperturbable. Ahora la voz no galopaba sobre el murmullo de los actores de una vieja película del oeste.

—Hijo. Déjalo ya —insistió su padre. Su voz si se elevó por encima del ruido. Le apretó con fuerza la mano.

Peter vio algo oscuro en él. Algo perturbado que no lo era. Estaba hecho un lio. No podía pensar con claridad. Los cristales y sus gafas reflejaron el rostro afligido de su padre.

—Me siento muy angustiado papá —confesó Peter agachando la cabeza. Los dos estaban donde siempre. En una esquina del sofá. Frente al televisor. Y en el mismo tono como quien lee una lista de compras, añadió que había pensado en escaparse unos días de Boad Hill. Pero no dijo lo que realmente pensaba; suicidarse.

Y ahí aparecía ella: Ann.

—Lo sé hijo. Lo sé —dijo John mientras le daba palmaditas en el cabello apelmazado y pringoso de su hijo. Y en parte habría logrado leer en sus labios la palabra: SUICIDIO.

Un viejo Ford de color azul se detuvo frente al edificio gris de la calle Avenue Street. Solo había un aparcamiento libre y el vehículo lo ocupó en cierta manera, con el aspecto de un perrillo cansado tras una larga carrera.

El conductor salió del vehículo con chaquetón y vaqueros. Era un joven inexpresivo que caminaba lentamente. Se detuvo frente a la puerta automática y sin presentar una tarjeta de visita, éstas se abrieron horizontalmente en un siseo.

—¿Sabe dónde está la oficina del director? —preguntó a uno de los

hombres que salía del edificio. Éste le indicó el fondo del pasillo con un dedo sonrosado y el joven vio que estaba manchado de azúcar. Rápidamente pensó en uno de esos Donuts con mucha azúcar. El tipo debía haber desayunado pensó.

—Al fondo joven.

—Gracias —contestó el joven, mirando alrededor con una confusa mezcla de expectación y temor. Ahora su expresión era la de un inválido.

El hombre alto que le había señalado el fondo se dio media vuelta y desapareció con el viento que soplaba a rachas.

El joven empezó a caminar por un espacio amplio antes de llegar al pasillo. A ambos lados como el mar abierto por el bastón de Moisés, estaban las mesas de los redactores cubiertas de montones de documentos, papeles y fotografías. Se deslizó sobre el suelo unos cuantos metros más y se detuvo ante una puerta de madera. En la inscripción en un marco plateado ponía:

DIRECTOR BUFFY

El joven hizo una mueca de sorpresa, acentuó las cejas creando un arco y alargó su mano hacia la puerta. Segundos después, y bajo y una luz intensa sus nudillos golpearon la puerta hasta hacerla sonar como un pequeño tambor de madera.

—¿Quién es? —se escuchó una voz grave y fuerte.

El joven casi inexpresivo no contestó de inmediato. La risa a veces le jugaba malas pasadas. BUFFY.

—¿El señor Bu...? —se calló y tras un ominoso silencio añadió—. ¿El director de Ensay News?

—No. Soy el director del Banco de América no te jode.

—Lo siento, no debí preguntar eso —se animó a agregar el joven a pesar de todo.

—¿Qué quieres? —La voz grave parecía un poco amortiguada por esa dichosa puerta. Como si hablara desde el interior de un ataúd.

—¿Podría hablar con usted un momento?

—¿De qué?

—Del coche.

De repente el silencio se convirtió en gran masa amorfa que inundaba todo aquel edificio. Como si hubiera caído una gigantesca niebla desde el cielo y hubiera atravesado las cinco plantas que había sobre aquel edificio.

Unos segundos después, sin hacer el más mínimo ruido, la puerta se abrió mostrando una parte de la cara de un viejo rechoncho y calvo, con un puro atrapado entre sus dientes macilentos.

28

—Tengo que realizar una llamada al Ensay News ese de mierda — rezongó Banerman, pero antes ya había hablado con el sheriff Burt Duchamp y éste ya había corrido la voz a los oídos de Peter Bray.

Cuando el sonido del tono de llamada se extendió largo y tendido en el tiempo, Banerman siguió hablando solo en su despacho, creyendo que nadie contestaría al teléfono. Blasfemó y se propuso hacer un monólogo con lo que tenía sobre la mesa. La fotografía en cuestión; algo que parecía ser la silueta de un coche y dos faros simples, le sugería que la habían retocado para darle aquel aspecto fantasmal.

Quizá tenía razón.

Y justo en el momento en que iba a colgar el teléfono sonó una voz grave impertinente.

—¿Quién es?

Banerman echó la cabeza para atrás como una bola pesada.

—Soy el sheriff de Road Mill y le llamo para que rectifiquen la maldita noticia del coche fantasma. Aquí quien da titulares soy yo. La ley. ¿Está de acuerdo? Y no manipule las cosas, y por lo que a mí respecta puede ir limpiándose el culo cada mañana tras ir al retrete hasta acabar con el último

ejemplar de la tirada. ¿Le parece bien?

En un momento dado, Banerman pensó que estaba hablando solo, como al principio, pero un jadeo le hizo volver a la realidad.

—Creo que ha llegado usted un poco tarde —se recochineó aquella voz grotesca.

—¿Qué pretende insinuar?

—Insinuar nada. Solo le puedo decir que ha venido cierto jovencuelo a confesarlo todo. Lo verá en la edición de mañana.

Y colgó.

Banerman apretó los dientes en un acto de ira contenida y al mismo tiempo de confusión. ¿Qué habría querido decir exactamente? Su idea principal era presentarse con una orden de registro, o al menos, pedir una cita para charlar distendidamente con el imbécil de, ¿cómo se llamaba?

29

El propio Burt fue quien golpeó la puerta. Peter estaba preparado todo estirado con su larga gabardina y las solapas tan inquietantes como la capa de un vampiro, asomaban hasta casi alcanzar las orejas. Abrió la puerta y se despidió de su padre.

—Papá, tengo que irme.

—Sí, con el inútil de Burt —respondió la pared del pasillo. John se había despachado a gusto.

Burt arrugó sus labios y su mirada se apagó por momentos hasta alcanzar la luz del final de un pozo.

—¿Qué ha querido decir con eso?

—Nada —acució Peter cerrando la puerta a su espalda. Esta vez el coche de Burt no tenía las luces encendidas y tampoco iba Jack en el asiento de copiloto. Esta vez, el motor rezongaba como el ronroneo de gato pequeño.

—Me ha llamado inútil.

—Tengo que llamar a Ann —terció Peter mientras se encaminaba hacia el vehículo. El sol, esa mañana estaba ausente y lo estaría también en Road Mill por su proximidad. En cualquiera de las dos partes podría estar lloviendo. Lo hacía en Boad Hill, sobre los hombros de Peter y Burt, pero era casi como una llovizna. No empapaba.

—Está bien —ladró Burt bordeando el coche patrulla.

El teléfono móvil de Peter estaba pegado como una concha al oído derecho. Sonó un tono agudo y después resaltó la voz de Ann.

—Buenos días Peter. ¿A qué se debe esta llamada? ¿Por qué no has venido por casa?

—Creo que lo tenemos —contestó Peter dejando de lado a otras respuestas.

—¿Qué tenéis?

—El coche fantasma.

—Peter, eso es una noticia de un periódico...

Y colgó.

Peter había cortado la comunicación mientras Burt lo observaba con obcecación. Ann en el otro extremo se declaró confusa ante el teléfono que pitaba de forma intermitente.

¿Qué has dicho capullo? Pensó Burt mientras se introducía en el coche, y añadió a su voz falsa: ya ha confesado.

Pero antes sucedió algo.

Banerman se encontraba quieto como un árbol delante de la puerta corredera de Ensay News. A través de los cristales veían mucho movimiento y el tac, tac de los teclados parecía horadar el propio cristal, como un martilleo

constante. Los hombres y mujeres que había allí dentro parecían eufóricos en la distancia. Banerman se aclaró la garganta con un feo ruido y escupió en el suelo ladeando ligeramente la cabeza.

Como no tenía la certeza de lo que se iba a encontrar, fue solo al lugar. Ahora estaba al lado del Ford azul. El aire se movía con fuerza hasta alcanzar el punto de convertirse en viento y las gotas de la lluvia empezaron a repicar en su sombrero.

Muy pronto, casi como un parpadeo, llegarían Burt y Peter.

Y Banerman quiso de alguna manera esperarlos antes de entrar.

Y esperó bajo la lluvia que ya era fluvial.

31

BUFFY estaba jugueteando con un lápiz mientras el joven miraba inquietantemente el techo. Pensó que aquel joven padecería algún tipo de claustrofobia o algo parecido. Las arañas. A eso se le llamaba aracnofobia. Y se preguntó por qué casi todos los seres de este planeta tienen miedo a esos bichillos cuyos ojos nunca se pueden ver, pero sí sus múltiples patas.

—Estás inquieto. ¿Te sucede algo joven? —le preguntó aquel viejo socarrón. Los ojos le brillaban porque tenía la exclusiva. Su perioducho de mierda iba a ser noticia dentro de pocas horas y una vez más se habían adelantado a las autoridades, bueno, no es que sucedieran muchas cosas en Road Mill excepto un perro ciego y rabioso o el enterrador que se paseaba todas las noches por el cementerio con una pala apoyada a los huesos de su hombro.

Para Ensay News esto no era extraordinario. Se había delatado. Había confesado y no, no se trataba de algo sobrenatural, es decir, no tenía un fantasma delante; justo al otro borde de la mesa. Y aunque los dedos de aquel joven repicaban en el borde de nogal parecía ostensiblemente tranquilo.

—No. No me sucede nada. Solo queda esperar a que esto acabe de una vez. Esa máquina que se come a las personas debe ser descubierta, cazada y aniquilada —explicó el joven mientras su dedo señalaba hacia su espalda. No se

había girado y por lo tanto sintió un lacerante dolor en su brazo al querer forzar la posición de la mano.

—Sí. El coche fantasma saldrá mañana en primera página. Ya me has dicho dónde duerme. Yo personalmente y dos de mis fotógrafos incluido un redactor, le echaremos el guante y tendremos la exclusiva gracias a ti. ¿De verdad no te interesa una recompensa? ¿Ser valorado?

—No señor.

Movió la cabeza en sentido de noyes para que quedara claro. Ahora sus ojos se habían clavado en la mirada de BUFFY aunque su cabeza rotara en un cuello formado por bolas grasientas. La chaqueta que llevaba puesta era del mismo color que el Ford, y estaba llena de grasa.

BUFFY se fijó en ello, pero no dijo nada.

—Está bien. Tú te lo pierdes —afirmó el director del periódico. El puro se había evaporado en sus labios y parecía tener una densa nube de humo pegada a su frente, justo por encima de sus pobladas cejas blancas.

Y no se enroscaba en el aire hasta tomar altura, como lo haría cualquier cigarrillo encendido. BUFFY era especial.

El joven siguió con su mirada esa nube que bordeaba su cabezón.

—No es rojo —dijo.

—¿Qué?

—El coche. El monstruo. No es rojo.

BUFFY abrió los ojos como si le hubieran estampado dos pelotas de Golf en sus cuencas.

Apresaba la lluvia y el tipo seguía dentro mientras Banerman estaría muy cerca de coger un constipado. Estaba empapado y el vehículo marrón y blanco de Burt Duchamp aparcó en doble fila. Eso sí, dejó los cuatro intermitentes

encendidos y las jodidas luces de alarma. Un destello azul pintaba los cristales de aquella puerta que se abría y cerraba en el incesante trajín de los trabajadores.

Peter fue el primero que se apeó del vehículo y alzó la mirada, no hacia las nubes, sino sobre la puerta de entrada. Un cartel mostraba en rojo las palabras:

ENSAY NEWS

Y más abajo.

Todo lo que no puedes creer.

Parecía absurdo, pero encajaba con el ridículo nombre del periódico local de fenómenos paranormales. Peter recordó que nunca lo citaron una sola vez en el pasado. Cuando varios chiflados se ensañaron con las chicas de la escuela secundaria. Su perfil no encajaba quizá, ¿o era porque no existía todavía? Algo le llamó la atención:

Desde 1984.

Estaba grabado justo debajo del lema, a la derecha, casi escondido por las ramas de un árbol que también se había enroscado en una farola. Entonces pensó que o era unos estúpidos o unos perfectos idiotas, porque de Boad Hill a Road Mill no había mucha distancia. Si uno se tiraba un pedo en Road Mill podía olerse en Boad Hill y viceversa.

Burt salió después del vehículo dando un portazo y refunfuñando por la lluvia. Su mano se alargó hacia el ala de su sombrero de fieltro para agarrarlo ya que el viento azotaba con fuerza. Caminó casi de puntillas hasta la acera y se puso justo al lado de Banerman. Ambos con sus chaquetas marrones y sus galones ensombrecidos por la tormenta.

—Ya estoy aquí Banerman.

—Sí, como un grano en el culo.

—Te recuerdo que tú me llamaste.

—Sí. Tienes razón. Por desgracia.

Burt quiso sonreír, pero no pudo.

—No es momento de discutir ahora chicos —se abrumó Peter y con el cabello más aplastado por la lluvia que goteaba en la punta de su nariz añadió—. ¿A qué narices hemos venido aquí exactamente?

Banerman giró la cabeza y Peter al tratar de subir la acera tropezó como un patoso en un ruidoso chapoteo. Su cuerpo se lanzó al vacío como cuando un árbol cae al ser cortado y sus ramas, que eran sus brazos se extendieron con los diez dedos de la mano apuntando a todas direcciones. Sus ojos se habían abierto bruscamente y la boca estaba tan abierta que parecía haberse tragado un vaso. Por suerte su mano derecha cayó laxa sobre el capó del Ford azul. El golpe fue carnoso, pero algo más inquietante y no, anómalo, sucedió dentro de él.

Entró.

Era como si se hubiese caído a un pozo oscuro, pero al final, una vez llegado al fondo del mismo, una antorcha se iluminaba sobre su cabeza. Le empezó a temblar la mano en la que se apoyaba. Banerman y Burt se giraron repentinamente para cogerle de los brazos, pero Peter ya había puesto su otra mano sobre aquel capó.

Sintió otra vez la misma descarga eléctrica en su cabeza. En sus pelotas y el cuerpo entero se le empezó a dormir. Era como si un ejército de millones de hormigas pedalease sobre su piel. La gabardina se empapó y el falso doblote se elevó en el aire como una alfombra de alquitrán.

Y lo vio todo.

Aquellos ojos llenos de terror y pánico. Escuchó los gritos y el ronroneo del motor. Aquello se parecía a los gritos de los cerdos cuando se van a dar un festín de mierda. Revolcándose en ella. Vio claramente una mano engranado el cambio de marchas del vehículo. En el salpicadero había una palanca doblada y errática que subía y bajaba con la misma inquietud y desasosegada forma de

masticar de aquellas cuchillas que giraban como un ventilador. Sangre, trozos de piel, cabello y ropa volaban hacia ambos lados, y el parabrisas limpiaba con total atrofia el parabrisas impoluto.

Un guante marrón y manchado de aceite cogía la palanca y tiraba de ella, y entonces la boca metálica se abría hasta engullirlos a todos. Uno por uno. Dentro había un espejo retrovisor y vio la cara de aquel perturbado que jadeaba dentro de la cabina al ritmo de una música roquera de los años ochenta.

Era un joven de cabello castaño con unos ojos abyectos y sin color alguno, cuya expresividad se había esfumado también. Jaleaba y canturreaba, pero los músculos de su cara permanecían intactos. Y llevaba gafas.

Unas gafas de montura de hueso.

Como las de Peter Bray. Las mismas que se le habían caído al charco de agua formado alrededor de la rueda del Ford azul.

—No es un coche fantasma. Es un perturbado que ha conducido esta furgoneta.

—¿No es un coche? ¿Es una camioneta? —Banerman estaba descolocado y visualmente asombrado. Se había llevado la mano a la barbilla como mesándose la.

—Sí. Ha estado dentro de esta camioneta.

Burt enarcó las cejas. A él nada le parecía extraño. Siempre creyó en su don y en sus dotes, pero no podía estar asombrado una vez más de su capacidad.

—Estás temblando Peter. Nunca antes te había sucedido esto —aseguró Burt cambiando de onda. Era una incisión que le había notado esta vez. Tenía que decírselo.

—Mida la parte frontal —exclamó de pronto Peter en un intento de poder despegarse de aquel capó en el que repicaban las gotas de agua como tañidos.

—¿Qué se supone que hay en el frontal? —inquirió Banerman caminando hacia atrás de forma patosa. Sus ojos se viciaron con los focos que estaban apagados, el parachoques y, algo que... Le pareció que era una apertura o una rotura en un lado del parachoques—. Parece que está roto.

Burt trastabilló con la acera y sus ojos se clavaron en el mismo lugar. En

un principio todo parecía normal, pero algo no encajaba. Había otro hueco en el lado contrario del parachoques.

—Aquí también parece que está roto —admitió.

—No está roto. Detrás de este falso parachoques está el monstruo.

Los dos agentes del orden se quedaron boquiabiertos.

32

—¿Y de qué color es? —pregunto aquel gordinflón con cara de asco. Se había levantado del sillón todo quejumbroso y su culo se había aplastado sobre el borde de la mesa. El puro seguía creando una nube compacta alrededor de sus ojos brillantes.

—Azul.

—Bueno, y que más da —atinó a decir BUFFY tras una larga pausa en la que solo se escuchó el resuello de su garganta.

33

La puerta se abrió como el cuento de Alibaba y los cuarenta ladrones «Ábrete Sésamo» salvo que no dijeron ni mú, es decir, no se escucharon ni sus respiraciones.

De haberlo sabido, que el joven propietario de aquel jodido Ford apodado ahora el Ford monstruo, estaba en el despacho del director habrían echado a correr, pero como ignoraban esa parte o no habían tenido tiempo para pensar correctamente, sobre todo Banerman que no recordó la llamada de BUFFY-ha confesado-lo hicieron de manera lenta y oficiosa. Dejando una estela de agua por donde pasaban.

El chico que tenía colgado en el cuello una cámara fotográfica como una estola, llamado Ray Lee se levantó de su silla para retener aquella visión en sus

retinas. Sonrió y se sentó de nuevo. Peter lo miró de reojo y algo le llamó la atención. El foco de aquella cámara. La recordaba en algún lugar. De modo que se acercó a él y le tocó el hombro.

—Tú lo sabías —dijo, y siguió andando tras Banerman y Burt que no se habían dado cuenta de este acontecimiento.

Ray sintió algo muy extraño en sus entrañas. Como náuseas. Al parecer la risa floja le dolía esta vez. Estaba asustado.

Cuando llegaron al final de la sala ante las miradas de todos los que allí trabajaban, ya que parecían tres forajidos del oeste con un revolver en la mano a punto de entrar en un prostíbulo de antaño, la puerta estaba abierta.

Y Peter a pesar de que iba el último lo reconoció.

Era él, sin duda.

Pero lo que no podía adivinar con su don era el pasado o el presente de aquel tipo si no le ponía la mano encima. Hecho un manojito de nervios se lanzó hacia él.

Burt lo cogió del brazo a tiempo y Banerman sentía deseos irrefrenables de coger por el cuello al tal BUFFY de las narices. El puro pareció apagarse soltando un humo intenso que esta vez sí, subía hacia el techo haciéndose el remolón. No en círculos, sino enroscándose y la nube que le rodeaba la cara empezaba a dispersarse.

—¡Ya estamos todos! —gritó BUFFY y escupió al suelo, bueno, en realidad sobre la mesa, en el borde.

—Quiero saber lo que sucede aquí —espetó Banerman. Tenía la mano titilando sobre la funda de su arma.

—Nada —bramó BUFFY—. Puede que yo sepa algo que ustedes dos inútiles no sepan.

Burt apretó los dientes. Lo miró con semblante serio casi mostrando cierto espumarajo en la comisura y dijo:

—Si sabes algo eres tan cómplice como él suponiendo que sepas lo que me imagino.

—Lo que sé no puedo revelarlo, no ahora. La fuente es secreto profesional.

—¿Y si se trata de un mentiroso? —inquirió Banerman.

—No seas burro señor sheriff. Está claro que es el culpable de todo. — Burt por alguna extraña razón se sintió completo, útil. No un incompetente como en el pasado. Su honor podría flotar por encima de las aguas fecales ahora.

—Esto es tan sencillo como tocarlo —acució Peter, y en un descuido su dedo le tocó el hombro al joven.

Por el otro lado del cristal del despacho, el señor caza vampiros de Ray estaba preparando su cámara. Se le veía nervioso y a la vez, entusiasmado.

—Se sienta en el asiento del Ford —dijo Peter haciéndoles callar. Después el silencio ominoso acarició sus oídos y los ojos de aquel joven ni parpadearon.

Burt se acercó a BUFFY quien se había quedado helado como un gran bloque de hielo. Él sabía que tenía un Ford. Solo él y el joven de aspecto risueño. Nada haría presagiar que era lo que era.

HA CONFESADO.

Peter vio cómo afilaba las cuchillas en el granero de atrás de su casa. Su padre, un inválido sin silla de ruedas, y con el cabello amarillento solo podía reprimir el ruido, pero no la soledad y el hambre. Su hijo adoptado se olvidaba de él. Se olvidaba de hacer las compras y se olvidaba de llevar las flores a la tumba de su madre.

Pero no se olvidaba de preparar todo el mecanismo de la trituradora, porque eso es lo que era. Una trituradora oculta tras el parachoques. Soldando cada noche todas las piezas hasta que funcionaria a la perfección. Eso era lo que veía ahora Peter Bray en su electrizante viaje en la mente de aquel tipo.

El joven se llevó la mano hacia su hombro con la intención de apartar el dedo de Peter, pero éste le cogió de la mano apretándosela fuerte y entrando todavía más en sus recuerdos. La cara aniñada del joven se puso tensa. Ahora

estaba casi pálido. Sabía que algo extraño estaba sucediendo en su interior. Era como si los dedos de Peter hurgasen en su cerebro, aunque no dolía.

Matthew, el de la ferretería, nunca le había preguntado para que quería tantas herramientas. Joe, el del garaje más popular de Road Mill tampoco le había pedido explicaciones por las piezas de segunda mano que pagaba con cientos de dólares. Ni Mick el de la templanza de los metales le preguntó nunca nada cuando se escondía esos sucios billetes en el bolsillo de atrás.

Todos callaban como putas porque sencillamente no sospechaban de nada, bueno, nada tan perturbador como esto. Una maquina dentada que se movía como una gran boca con vida propia. Una trituradora que no era para el césped, sino para la carne y los huesos. Se anclaba en el suelo y con la fuerza del motor y unas cuentas correas unidas como unas arterias hacia su trabajo. Se elevaba sobre sus víctimas y las aplastaba. Las masticaba y las escupía por debajo del coche y por detrás, reduciéndolos a pingajos.

Peter Bray sintió cierto dolor en su pecho al ver todo eso, y Burt había notado algo extraño en él. Quiso cogerlo del brazo, pero Peter movió con avidez su mano.

El jodido humo del puro ya se había extinguido y la araña del techo seguía tejiendo su nido.

BUFFY los miraba a todos, desconcertado. En realidad nunca había visto nada tan parecido. Tres hombres y un destino, pensó y se preguntó por qué había tanto silencio y porque el tipo que parecía el conde Drácula estaba tan rígido y con los ojos cerrados.

Banerman estaba expectante.

—Peter, ¿qué ves? —susurró Burt.

—Todo. He visto todo. Incluso he escuchado sus palabras de confesión. Este tipo tenía la intención de saltarse todas las reglas publicándolo mañana mismo. He visto como fabricaba esa bestia de metal y los ojos de las víctimas escogidas al azar. No está loco. Solo tiene un propósito. Llamar la atención. Pero eso todavía no lo entiendo —explicó Peter mientras seguía agarrando con fuerza la mano de aquel asesino.

Banerman hundió la cabeza entre sus hombros y BUFFY enrojeció.

Acababa de saber que el peso de la ley le caería encima a partir de ahora. Y no necesitaba del brillo o el don para saberlo.

—¿Quieres saber porque he hecho todo esto? —preguntó el joven mostrando ahora una sonrisa con las encías reluciendo bajo la luz. Solo le faltaba salivar y mover los ojos de un lado para otro.

Peter supo que la pregunta iba para él. Lo había leído en su mente. Esa conexión tan natural para él que le permitía conocer el pensamiento de otros. Algo que alguien un buen día le había llamado esplendor, pero que el ejército Ruso y Americano, le llamaban el Don, mientras que la madre de Peter siempre le había llamado el Brillo.

—No tienes que decírmelo, eso lo sabré en poco tiempo... —y de repente enmudeció.

Un silencio empalagoso y que pesaba sobre sus hombros. Los de todos, que seguían absortos.

La cámara de fotos capturó esa escena.

Ray Lee seguía al otro lado del campo de batalla. Sonriendo como un payaso horrible al que se estiran los labios hasta dar la vuelta en toda la cabeza.

ESO NO LO HA CONFESADO.

Peter vio a John, su padre, con esa mujer rubia. Cogido de la mano de él había un crío de unos cinco años, casi rubio y brillaba como el maíz bajo el insoportable sol del verano de... No importaba que año. La mujer tenía los ojos húmedos y la nariz roja. Era alta y con unos pechos protuberantes. Rubia. Y vestía un vestido floreado acorde con la época del año. La mano de ella también estaba agarrada en la otra del pequeño quien reía en medio de una separación cruel.

—Tengo mujer e hijo Amanda —dijo John—. Siento haberte hecho daño, pero tengo que seguir con mi vida.

Ella lo comprendió.

—Está bien, pero Johnesy se criará sin su padre verdadero —dijo la mujer visiblemente dolida.

John ante la incapacidad de responder a eso, se dio la vuelta y soltó la mano de aquel pequeño quien de pronto borró toda sonrisa de su cara y miraba aquella silueta desvanecerse a medida que se alejaba.

Peter Bray sufrió un espasmo en su cara y el corazón martilleó el yunque que había en su interior. Se sintió mal, tanto que dejó de apretar la mano de ese joven. Después de la incertidumbre de los demás, la soltó.

—Me guardo el secreto —dijo al fin Peter tras un absurdo silencio—. Pero él es el asesino y no tiene ningún motivo en especial para hacer lo que ha hecho. Creo que está loco.

Burt Duchamp sabía que estaba mintiendo.

Y por última vez la cámara de Ray capturó la cara blanquecina de aquel hombre de gabardina que tenía los hombros caídos y los brazos lánguidos.

Fuera, el viento empezó a llorar.

34

La puerta sonó como si lo hubiera arrancado el viento. Eso fue dos días después de lo sucedido. Peter pensaba que tenía la mano agarrando la manivela, pero resultó que no, y el viento hizo de las suyas.

John rezongó desde el sofá y acto seguido preguntó:

—¿Eres tú hijo?

—Sí.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Qué te pasa? Siento tu voz apagada y temblorosa.

Peter no contestó de inmediato.

—Tenemos que hablar de ese pequeño papá —dijo.

Y se hizo el silencio dentro del pasillo oscuro y alargado como un túnel.

Ann, por supuesto, que ya lo sabía.

El cielo ese día estaba esplendoroso y Peter necesitaba conocer algunos detalles. Deseaba hablar con su padre y después conocer por qué ahora Jonessy le había buscado de esa manera tan espantosa.

Su obstinada furia, su implacable odio pensó.

FIN

Nota del autor

Esta es una novela corta de ficción y representaba para mí un gran reto el poder subir un peldaño más en la saga "El frío invierno". Espero que el resultado te haya gustado. A mí si, por supuesto, pero he de reconocer que me he perdido muchas veces, pero para bien. Mantener en tensión al cada vez más sabio lector es un acto muy difícil y complejo.

Biografía de Claudio

Crecí y empecé a escribir influenciado por el maestro del terror y el drama, Stephen King. Soy el autor de la biografía de su primera etapa como escritor. Además, he escrito una antología basada en la caja que encontró la cual pertenecía a su padre que era también escritor. Ahora escribo antologías y novelas de terror, suspenses y thrillers. Ya he publicado "Los inicios de Stephen King", "La caja de Stephen King", "La historia de Tom", la saga de zombis "Infectados", "Miedo en la medianoche", "Toda la vida a tu lado", "Arnie", "Cementerio de Camiones", "Siete libros, Siete pecados", "El hombre que caminaba solo", "La casa de Bonmati", "El vigilante del Castillo", "El Sanatorio de Murcia", "El maldito callejón de Inglés", "El frío invierno", "Otoño lluvioso", "La primavera de Ann", "Muerte en invierno", "El juego de Azarus", "Pido perdón", "Ojos que no se abren", "Una sombra sobre Madrid", "Crímenes en verano", "Mi lienzo es tu muerte", "Mi odio", "Confidencias de un Dios", "Solemn la hora", "El asesino del año Boreal" y "Tú morirás". Pero no serán las únicas que pretendo publicar. Hay más. Mucho más.